

A stylized illustration in a muted color palette (teal, yellow, brown) depicting a public scene. In the upper section, several figures are shown: a man in a yellow jacket on the left, a man in a dark coat in the center, and a man in a dark coat on the right. The central figure is holding a microphone and a document. Below this, a large teal rectangular area contains the text. In the lower section, a woman in a brown dress and dark shoes is walking, and another person is partially visible to her right. The background features architectural arches and a tree-like structure.

# Earle Herrera

CARABOBO BAJO PALABRA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Earle Herrera** Periodista, poeta, ensayista, narrador, humorista, docente universitario y político. Nacido en El Tigrito, Anzoátegui, en 1949, es dueño de una prosa en la que brillan la claridad, la elegancia y una inusual capacidad para la concisión. Esas cualidades, más su vasta erudición y su talento de investigador, le han permitido desarrollar una obra que supera la veintena de títulos. Es diputado a la Asamblea Nacional. Honrado en cuatro ocasiones con el Premio Nacional de Periodismo, ha recibido también el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, mención Poesía; y Premio Conac de Narrativa. Entre sus libros se cuentan: *A la muerte le gusta jugar con los espejos* (1978), *Sábado que nunca llega* (1982), *La magia de la crónica* (1987), *Penúltima tarde y otras tardes* (2010) *El reportaje, el ensayo. De un género a otro* (1991). *Periodismo de opinión. Los fuegos cotidianos* (1997) *Ficción y realidad en el Caracazo: periodismo, literatura y violencia* (2011).

« *Los creadores de la cultura en Venezuela* (boceto para mural, detalle).

César Rengifo, 1967. Acuarela sobre papel, 50,5 x 194 cm.

Colección PDVSA La Estancia.



**8**

## **Carabobo bajo palabra**

EARLE HERRERA

## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Ñáñez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**



# Carabobo bajo palabra

POESÍA, NOVELA, TEATRO, CANCIÓN Y FÁBULA

EARLE HERRERA





# Índice

- 13 EL DÍA EN QUE BOLÍVAR PARÓ EL SOL
- 17 I. CARABOBO, VERBO Y LETRA
- 34 II. CARABOBO CANTADA Y FABULADA
- 51 III. CARABOBO EN LA NARRATIVA  
*Venezuela heroica*, Eduardo Blanco
- 62 IV. CARABOBO EN EL TEATRO  
*Esa espiga sembrada en Carabobo*, César Rengifo
- 70 V. CARABOBO EN LA POESÍA  
«Después de Carabobo», Fernando Paz Castillo
- 76 VI. CARABOBO, LAS METÁFORAS  
«Rememorando la Batalla de Carabobo», Vicente Gerbasi
- 82 VII. CARABOBO: LAUREL DE LETRAS
- 89 Bibliografía



*Acepte el Congreso soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y el más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.*

*Valencia, 25 de junio de 1821*

**SIMÓN BOLÍVAR**

*Jamás la canción tuvo punto final,  
siempre deja una brecha, una rendija,  
algo así como un hilito que sale,  
donde el poeta venidero pueda  
ir halando, ir halando, ir halando,  
halando hasta el mañana.*

*Nosotros los poetas del pueblo cantamos  
por mil años y más...*

**VÍCTOR VALERA MORA**



## El día en que Bolívar paró el sol

Los dos ejércitos enemigos estaban bien apertrechados, listos para la gran batalla. La tarde languidecía y la inminencia de la noche no era propicia para la contienda. Se debía librar el combate antes de que sobrevinieran las sombras y la oscuridad. El Libertador Simón Bolívar, como en sus grandes momentos de exaltación, le pidió a Dios detener el sol. Y el cielo detuvo el sol.

El relato, con palabras más campesinas, lo hace un fabulador que el poeta Enrique Hernández D'Jesús encontró por los caminos y se puso a preguntarle cosas de la historia, la naturaleza y la vida. Más adelante nos lo volveremos a tropezar en este periplo de la imaginación y la creación artística hacia el campo de Carabobo. En el trayecto, entraremos a la batalla con otras armas, las de las letras. Será la palabra hecha copla y corrido, poesía y novela, teatro y fábula. Una forma, o muchas, de ver la guerra de Independencia desde perspectivas menos rigurosas pero no menos realistas que desde el prisma de la historia y el método, el libro de texto y la academia. «Vengan», dice el campesino que el poeta Vicente Gerbasi entrevió en Canoabo, «vengan, yo les contaré la gran batalla y del día que vimos a Bolívar pasar por esos montes».

Como la tierra que se llama Juan en el *Canto general* de Pablo Neruda, en el teatro de César Rengifo el pueblo entra en Carabobo y combate codo a codo con las voces ancestrales de Guaicaipuro y Apacuana. También Carabobo se llama Juan, se llama pueblo. «Vamos a su encuentro», diría Alí Primera. Hubo un escritor y servidor del general Páez que contó la historia de la batalla tomando los recursos literarios y

estéticos de la novela. Tituló su libro *Venezuela heroica*, para admiración de José Martí. De las páginas que rozan la epopeya de Eduardo Blanco, seguimos un camino y encontramos en sus rescoldos a Rubén Darío, Andrés Eloy Blanco y Ernesto Luis Rodríguez. Canto y canta por los senderos de la patria y allende sus fronteras.

Otros fabuladores nos contarán la batalla desde sus tallas de madera o sus vasijas de arcilla. Hay una visión mágico-religiosa de lo que ocurrió en Carabobo y de lo que sigue sucediendo después del 24 de junio de 1821; esa otra batalla —que es la misma— nos la revelarán los santeros y espiritistas que en sus altares invocan indistintamente a Negro Primero, Bolívar o María Lionza. Entre lo pagano y lo divino, buscaremos a Carabobo en lo real maravilloso del *reino de este mundo*, para decirlo con Alejo Carpentier. Allí, donde grandes escritores latinoamericanos vieron y encontraron la semilla de sus deslumbrantes relatos y novelas, una humilde mujer del pueblo prende una vela, fuma un tabaco e invoca un espíritu. El realismo mágico les cumple a todos.

La canción patriótica afloró en los días de la independencia, pero la patria sigue en el repertorio de los cancioneros de hoy. La gesta continúa cantándose en la poesía y la canción popular. Por las décimas de Ernesto Luis Rodríguez, el aclamado y declamado autor de «Rosalinda», nos topamos con un documental de Renny Ottolina. Con su magistral conocimiento y manejo del medio televisivo, el destacado animador mete a Carabobo en los hogares de aquellos años 70 a través de la llamada «pantalla chica». La historia se hace audiovisual. Las imágenes de la batalla que vimos en las pinturas de Pedro Castillo y Martín Tovar y Tovar, en la Casa Páez de Valencia o en el cielo del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo en Caracas, cobran vida, voz y movimiento en un aparato que la profesora Marta Colomina denominó «huésped alienante» —mira tú— y el novelista Eduardo Liendo metaforizó como

«el mago de la cara de vidrio». Sea lo que sea, un señor y maestro del medio, Renny Ottolina, metió a Carabobo en el espectro radioelétrico.

Tres talentos venezolanos decidieron revivir en cuatro estrofas musicalizadas y una voz la relación militar y personal del general José Antonio Páez y el teniente de caballería Pedro Camejo, conocido por su nombre de guerra como Negro Primero porque, como solía decir, delante de él en los combates, «solamente la cabeza de mi caballo». Manuel Graterol Santander (Graterolacho) puso la letra de «El Catire y el Negro», Simón Díaz la música y Gualberto Ibarreto la voz. La canción regó la Batalla de Carabobo y el postrero heroísmo de Pedro Camejo por toda la geografía. La batalla, para el que no sabe la letra o la ha olvidado, también es tarareada. O silbada. Va por los caminos, calles y veredas.

Patriótico lector, ante el inminente toque de diana bicentenario, te invito a participar en la multidimensional realidad de la Batalla de Carabobo desde la desnuda y enriquecedora recreación de la ficción narrativa, la poesía y la dramaturgia. Por los inagotables senderos de la creación literaria se llega también a la realidad, sin los riesgos del almirante Cristóbal Colón, quien salió a buscar la India por occidente y nunca supo a dónde llegó. En la literatura las balas son de letras, pero no por ello dejan de ser letales. Buscaré la palabra que se escribió o cantó en los días mismos de la batalla, cuyo efecto se expandió con el eco de los cañones pero, sobre todo, voy al encuentro de los escritores que, distanciados en el tiempo del combate libertario, vuelven su vista y letras y reviven la refriega. Vamos, lectores y escritor, a la Batalla de Carabobo de fuego y letra, en las creaciones de Eduardo Blanco, César Rengifo, Fernando Paz Castillo y Vicente Gerbasi. En el camino nos podemos tropezar con Rubén Darío, Andrés Eloy Blanco, Ernesto Luis Rodríguez y otros bardos. También, sin duda, con los espontáneos que se lanzan al campo de batalla literario con sus improvisaciones, contrapunteos, coplas, can-

tas y canciones a pecho descubierto, verso en ristre, como las lanzas de los llaneros, o de los quijotes de la sabana que no hallan un molino de viento ni para remedio. Nos detendremos —¿por qué no?— a escuchar a los fabuladores y cuenteros de camino. Te pondré alguna canción y te invitaré a ver un pedazo de documental televisivo. Con tu participación pondremos en escena, otra vez, la batalla que nos legó la independencia. Palabra de fuego, sin juego de palabras... Palabras ciertas.

# I

## Carabobo, verbo y letra

Dos años después de la grandiosa Batalla de Carabobo, Andrés Bello llamaba a los poetas de América a volver la vista hacia su propio continente, su geografía, historia, glorias y próceres. En su «Alocución a la poesía» invoca a la Musa:

Divina Poesía,  
tú de la soledad habitadora,  
a consultar tus cantos enseñada  
con el silencio de la selva umbría,  
y el eco de los montes compañía;  
tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su gran escena<sup>1</sup>.

El mundo de Colón es lo que entonces bautizaron «nuevo continente» o «nuevo mundo». Cuando Bello le pide a la poesía que deje «ya la culta Europa», han transcurrido trescientos años de co-

---

[1]\_ Andrés Bello, *Obra literaria*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 353.

lonialismo. Una huella honda, a sangre y fuego, pero también a letra y número, a cuento y canto, marcada por los dominadores. Lo que el Libertador expresó en 1811 en el campo de la política y la realidad económica y social —«¿Trescientos años de esclavitud no bastan?»—, lo planteaba el gran humanista caraqueño en el ámbito de las letras y las artes.

Los legendarios jefes militares de la antigüedad, los Alejandro Magno y los Darío, llevaban a los campos de batalla los bardos que cantarían sus hazañas. Las guerras de la independencia americana no dieron tiempo para ello. De las mismas sabíamos por los partes militares y las proclamas de los jefes, con el lenguaje descriptivo o incendiario que impone este tipo de informes y discursos. Por supuesto, aparecieron los espontáneos que se lanzaron al ruedo de las letras, pero sin alcanzar los galones de la creación literaria o, por lo menos, en correspondencia con las hazañas que cantaban y los héroes que intentaban exaltar. Ocurría así con la gesta libertaria y de igual modo con todo lo que era la naturaleza americana, lo que años después Alejo Carpentier denominó «lo real maravilloso». También sobre este aspecto se adelantó Bello con su «Silva a la agricultura de la zona tórrida».

En la obra *Poesía de la independencia*, el compilador y prologuista Emilio Carilla subraya:

Un hecho augurador de indudable trascendencia lo constituye la publicación del poema de Andrés Bello «Alocución a la poesía», que aparece en Londres, en 1823. Reparemos en el año. Casi en las vísperas de Junín y Ayacucho, que clausuran el período de las guerras de independencia. El poema se presenta así como el necesario complemento de una época histórica que, por causas de sobra conocidas, no había tenido oportunidad de plantearse tales problemas. Como si fuera menester primero asegurar la independencia política antes de

adentrarse en los más difíciles vericuetos de la independencia intelectual<sup>2</sup>.

El título del poema de Bello es modesto, pues en forma y contenido va mucho más allá de una «alocución a la poesía». Es, lírica y temáticamente, un canto a la América, tanto a sus prodigios y bellezas naturales, como a su historia deslumbrante y a la epopeya de sus hombres y mujeres para construir un mundo libre e independiente. Bello hace el gran fresco de esta parte del mundo y le dice a los poetas americanos: ¡He aquí tu tierra, he aquí sus hombres y mujeres, he aquí sus historias y su épica! ¡Cantadles! Siglo y medio después lo haría Pablo Neruda, premio Nobel de Literatura, en su *Canto general*. Pero en tiempo de Bello los poemas se centrarían en un aspecto geográfico o histórico de la realidad americana. Como «Victoria de Junín, Canto a Bolívar», de José Joaquín Olmedo, o años después, los poemas de José María Heredia.

Hay una fecha que destaca Emilio Carilla: la «Alocución a la poesía» es publicada en 1823, «vísperas de Junín y Ayacucho», pero también dos años después de la Batalla de Carabobo, que sellaría la independencia de Venezuela.

¿Quién le ha cantado a Carabobo? No abunda la creación literaria sobre esta gesta. Librada el 24 de junio de 1821, inspiró corridos llaneros, canciones populares, las coplas de los caminos y los versos patrióticos. En la narrativa, sigue brillando el nombre de Eduardo Blanco con su *Venezuela heroica*; en el teatro, la pieza de César Rengifo, *Esa espiga sembrada en Carabobo*; y en la poesía, nombres como los de Vicente Gerbasi y Fernando Paz Castillo, entre otros, a cuyo encuentro saldremos en estas páginas.

---

[2]\_ Emilio Carilla, *Poesía de la Independencia*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. XV.

Antes volvamos al maestro de América, don Andrés Bello. Para Carilla, la «Alocución a la poesía» es la profesión de fe americanista del poeta (...). En América promete Bello a la musa la vistosidad de su cielo, de sus climas, de su paisaje primitivo, rico y variado»<sup>3</sup>. Pero ojo, Bello no solo ofrece un paisaje para regodeo y solaz de algunos poetas-descriptivos y detallistas, ni para los amantes de las naturalezas muertas. América es un mundo en ebullición política y social, donde unos llevan tres siglos en busca de El Dorado y otros persiguen utopías. Entre aquellos y estos, como volcán en erupción, se abren paso los hombres y mujeres que viven, luchan y mueren por la independencia. Carilla lo advierte, no nos deja extasiados frente al paisaje:

¿Qué deben cantar los poetas americanos? O, mejor, ¿qué debe inspirar la poesía americana? Según Bello, sus tierras, sus variados paisajes (vírgenes de literatura), su rica historia, sus hechos de armas, la guerra emancipadora...<sup>4</sup>.

Otra vez, pero ahora en América, el dilema de las armas y las letras que don Miguel de Cervantes plantea en *Don Quijote de La Mancha*. La guerra de independencia genera una particular literatura durante su desarrollo y a posteriori. En el primer caso, como bien lo señala Carilla, despuntan los nombres de Bello, Olmedo y Heredia. En el segundo, la lista se extiende hasta nuestros días. Se narra o se le canta a los héroes y sus hazañas. En este ensayo, tienta nuestro interés el acontecimiento histórico que selló la emancipación de Venezuela: la Batalla de Carabobo. Nuestra pluma sigue la huella y el trazo que dejaron otras plumas mejor dotadas sobre lo que ocurrió en el campo que le da nombre al prodigioso combate aquel 24 de junio de 1821.

---

[3]\_ Emilio Carilla, ob. cit., p. XVI.

[4]\_ *Idem*.

### ¿Quién le teme a Carabobo?

Todos. La Batalla de Carabobo sobrecoge y paraliza. Demasiada grandeza, demasiada gloria, demasiada muerte. Los hombres que se enfrentaron en el campo de batalla, desde el general hasta el soldado, alcanzan una dimensión épica, mítica, homérica. Plasmar entonces aquel hecho histórico en las letras, exige que estas se pongan a la altura de las armas de aquel día. Y mucho más, a la altura de las almas. Es ese el reto de la novela histórica y la poesía épica. La exigencia es válida para todas las artes: narrativa, teatro, pintura, escultura, música o cine. Y a no pocos el reto los paraliza o los sublima de tal forma que, como dijo Jesús, «no saben lo que dicen». O lo que escriben. O lo que esculpen. Meterse como caballero andante de la literatura en el campo de Carabobo es un riesgo, del que pocas veces se sale bien librado.

Se ha de narrar o cantar la batalla en sí, pero también a los héroes que la libraron. A los vencedores y a los derrotados. Al ser humano en su momento de gloria y esplendor y, también, de ocaso y caída. Recordemos la frase del Gran Mariscal, Antonio José de Sucre, en Ayacucho: «Honor al caído, gloria al vencedor». ¿Honor al caído? No todos, ni siquiera en el campo de batalla de las letras, están dispuestos a tanta magnanimidad. ¿Cómo exaltar al guerrero que cae y colocarlo en su magnífica dimensión? Se necesitaría la pluma de Rubén Darío y todo lo que ello implica para escribir: «Nada más triste que un titán que llora, hombre montaña encadenado a un lirio»<sup>5</sup>.

La batalla, los héroes, el valor, el miedo, la temeridad, el sacrificio, todo eso y mucho más es Carabobo. Entre sus paladines, se yergue la figura que se extiende sobre el Chimborazo y el Potosí: Simón Bolívar.

---

[5]\_ Rubén Darío, *Poesía*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985, p. 172.

Pero su brillo no eclipsa la luz propia de Páez, Cedeño, Plaza o Pedro Camejo. No es poco el reto del poeta que se planta frente a ellos. Decía la poetisa Juana de Ibarbourou que para escribirle a un semidiós había que ser, en el campo de las letras, un semidiós. Se refería a su deseo de hacerle un himno al Libertador Simón Bolívar, algo de lo que se reprendía, pues solo de semejante propósito sería capaz un portento de las letras y la poesía, en este caso, el inmenso Rubén Darío. Leamos el tributo de su lírica:

Avergüenza decir: «Voy a hacerle un himno a Bolívar».  
¡Es tan menguada la voz de los hombres  
para alzarla en elogio de los héroes!  
A Bolívar habría que cantarle  
con la garganta de los vientos  
y el pecho del mar  
y tendría que suplicarle al Pampero:  
dame tu acento.

Y al Atlántico y al Caribe:  
hoy necesito vuestra voz.  
A Bolívar solo puede cantarle Darío.  
¡Un dios es el que hace las alabanzas de otro dios!<sup>6</sup>

Era el temor literario y lírico de la poeta frente a la figura del héroe. Era el respeto, la admiración que la desbordaba o la hacía parecer pequeña. Pues bien, Carabobo no era un héroe, sino una pléyade de próceres. De titanes. De centauros. Demasiado para los hombres y mujeres de letras de los tiempos de la independencia. Demasiado también para los que vinieron después. Se necesitaba ser un Bello, un Olmedo, un Heredia, en la apreciación de Carilla, para acometer con fortuna

---

[6]\_Juana de Ibarbourou, en Earle Herrera, *La espada sobre el fuego*, Monte Ávila Editores, Caracas, 2015, pp. 27-28.

semejante empresa. Y al hacerlo, hay que encomendarse a los dioses y las diosas, invocarlos, pedirles venir en auxilio del humilde creador que acepta el reto y se propone librar esa hazaña de las letras. No hay de qué avergonzarse. Es lo que hace un gigante de las artes literarias universales como Homero al cantar la guerra de Troya y las hazañas de sus héroes y semidioses. Es lo que hace Dante en la *Divina comedia*. También Virgilio, en la Eneida. Para no eclipsarnos bajo el cielo de los clásicos, citemos solo al primero. En la *Iliada* invoca:

Canta, oh diosa, la cólera del pélida Aquiles,  
maldita, que causó a los aqueos incontables dolores.

Y en la *Odisea*, también invoca:

Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,  
tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,  
conoció las ciudades y el genio de innumerables gentes.

Suerte de los antiguos poetas griegos y romanos que tenían el Olimpo y eran oídos por los dioses. Los creadores modernos se encuentran en el desamparo divino. Sin embargo, tienen sus santos y su Dios. Cuando Florentino, el que cantó con el diablo en el poema de Alberto Arvelo Torrealba, se ve acosado por el maligno al filo del amanecer, invoca a todas las vírgenes para que lo saquen del difícil trance en que se encuentra. Sin ser creyentes, dos premios Nobel de Literatura, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda, acuden y recurren a la forma y estructura de dos oraciones católicas para cantarles al Libertador Simón Bolívar. Asturias al Credo. Neruda, al Padre nuestro. No invocan a Dios. Imitan las oraciones con que sus creyentes le rezan. Es un recurso válido y eficaz cuando se le canta a los héroes o a sus hazañas. ¿Sacralización del héroe? Al contrario, humanización de la plegaria. No se ora a un ser divino y todopoderoso, sino a un ser humano. A un hombre.

El primero, Miguel Ángel Asturias, escribe. O reza:

¡Creo en la Libertad, Madre de América,  
 creadora de mares dulces en la tierra,  
 y en Bolívar, su hijo, Señor Nuestro,  
 que nació en Venezuela, padeció  
 bajo el poder español, fue combatido,  
 sintiose muerto sobre el Chimborazo,  
 y con el iris descendió a los infiernos,  
 resucitó a la voz de Colombia,  
 tocó al Eterno con sus manos  
 y está parado junto a Dios!

El segundo, Pablo Neruda, escribió. O rezó:

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire  
 de toda nuestra extensa latitud silenciosa.  
 Todo lleva tu nombre, Padre, en nuestra morada:  
 Tu apellido la caña levanta a la dulzura,  
 el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,  
 el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar (...),  
 Tu herencia es el pan nuestro de cada día, Padre.

En su «Alocución a la poesía» Bello no la invoca; por el contrario, la increpa y le reclama: «tiempo es que dejes ya la culta Europa / que tu nativa rustiquez desama»<sup>7</sup>. La visita de los poetas al Olimpo quedó atrás. No son las diosas, las musas, las que cantan y narran a través del bardo. Este lo hace con voz propia y es responsable de sus actos y sus letras. En el mejor de los casos, más que a las deidades, el vate recurre a sus colegas para que hagan lo que su pluma no alcanza a realizar. Es lo que le pide Juana de Ibarbourou a Rubén Darío. El mismo Bello

---

[7]\_ Andrés Bello, «Alocución a la poesía», ob. cit., p. 20.

reconoce sus limitaciones (por modestia o para instar a otros), pero sabe de muchos que pueden acometer con fortuna la urgencia de cantarle a la América. Escribe el poeta:

Mas no a mi débil voz la larga suma  
de sus victorias numerar compete;  
a genio más feliz, más docta pluma,  
su grata patria encargo tal comete<sup>8</sup>.

Por supuesto que no es débil la pluma de don Andrés Bello, ni menos docta que la de cualquiera de sus contemporáneos. Todo lo contrario. Pero su propósito es atraerlos para componer y escribir entre todos el gran canto americano. Y no es solo cantarle al continente emancipado, sino lograr lo que Carilla llama independencia intelectual, luego que en los campos de batalla se lograra la independencia política. Tocaba ahora descolonizar las mentes. Trescientos años de esclavitud se correspondían con tres siglos de dominación cultural. Romper estas cadenas, ¡vaya si lo sabía Bello!, era mucho más difícil. A doscientos años de Carabobo, todavía seguimos hablando de la batalla de las ideas. Esta continúa librándose.

### **Verso a verso de Carabobo a Junín**

Primero fue Carabobo. Dos años después ocurrirían las batallas de Junín y de Ayacucho. ¿Por qué la primera no tuvo el canto que las dos siguientes inspiraron a José Joaquín Olmedo? Las causas son objetivas y subjetivas, históricas y personales. Carilla apunta que para lograr la independencia intelectual, primero se debía alcanzar la política. Eso es correcto incluso desde la perspectiva del materialismo histórico. Solíamos repetir: «el ser social determina la conciencia social». Cuando Bolívar

---

[8]\_ *Ibid.*, pp. 39-40.

emprende con el ejército de Colombia la campaña del sur, ya va precedido de la gloria de Boyacá y Carabobo. Es el Libertador de Colombia. El imperio español se va derrumbando en América. El impacto de ese quiebre histórico estremece las conciencias y la sensibilidad. Carabobo es un paso inmenso hacia el objetivo definitivo, pero este se termina de lograr en Junín y en Ayacucho. Carabobo sella la independencia de Venezuela, de un país. Junín y Ayacucho, la de Suramérica. Es el fin del dominio de la corona española sobre esta parte del mundo.

En Carabobo, el incendio está en plena efervescencia. Después de la batalla, todavía le falta mucho por recorrer a la revolución de la independencia americana. Más que el canto y el himno, es otra literatura la que priva, aquella que busca «incendiar toda la pradera». Para esas letras insurgentes, incendiarias, de combate, es más propicio el periódico que el libro. Otra vez, en su larga relación de amor y desamor, se vuelven a encontrar el periodismo y la literatura. Pero no se pueden separar ni desunir. Es en la gaceta o en el periódico donde encontrarán albergue, vehículo y difusión los poemas y versos de esos tiempos. Otra vez volvemos al discurso cervantino de las armas y las letras. La poesía va a la guerra y el periódico es un vehículo menos pesado que el libro para llevarla rápido al frente de batalla. Esas circunstancias, esa realidad objetiva, van a marcar forma y contenido de la creación literaria. Lo recoge Olmedo en su «Victoria de Junín, Canto a Bolívar»:

Siento unas veces la rebelde Musa,  
cual bacante en furor, vagar incierta  
por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas,  
o las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas;  
otras el vuelo arrebatada tiende

sobre los montes y de allí desciende  
 al campo de Junín, y ardiendo en ira,  
 los numerosos escuadrones mira,  
 que el odiado pendón de España arbolan,  
 y en crispado morrión y peto armada,  
 cual amazona fiera,  
 se mezcla entre las filas la primera  
 de todos los guerreros,  
 y a combatir con ellos se adelanta,  
 triunfa con ellos y sus triunfos canta<sup>9</sup>.

La poesía, pues, desciende al campo de batalla, «arde en ira», se convierte en «fiera amazona», combate, triunfa y luego, canta el triunfo. Es la poesía escrita en los tiempos mismos de la independencia, al fragor de la guerra. Pero mientras aparezca un Olmedo o un Bello, las letras no dejan de combatir, de estar presentes. Los pasquines abundan, las hojas sueltas vuelan, los carteles asaltan paredes y troncos de árboles, el panfleto pasa de mano en mano y el periódico es la tribuna de los bardos. El verso, la estrofa, la métrica y la rima se fijan mejor en la memoria y viajan de boca en boca y de villa en villorrio y caserío.

Los partes de guerra andan y llegan en la prosa, pero es difícil memorizar estos escritos y urge que se conozcan las victorias y hazañas. La copla está allí, al alcance de la mano y de las mentes. Para grabarla en el cerebro ni siquiera es necesario saber leer y escribir. En ayuda de los oyentes acuden la métrica y la rima. Los arrieros, los baquianos, los juglares, guías y copleros se encargan de que el cuarteto o la décima se esparzan por montes y llanuras, pueblos y ciudades, como el polen llevado por el viento o pegado a los insectos. No es nada nuevo. Ya don Andrés Bello nos recuerda cómo se preservó la memoria

---

[9]\_ José Joaquín Olmedo, «Victoria de Junín», en Emilio Carilla, ob cit., p. 9.

colectiva desde tiempos antiquísimos. Leamos al maestro:

Mientras no se conocieron las letras, o no era de uso general la escritura, el depósito de todos los conocimientos estaba confinado a la poesía. Historia, genealogías, leyes, tradiciones religiosas, avisos morales, todo se consignaba en cláusulas métricas, que, encadenando palabras, fijaban las ideas, y las hacían más fáciles de retener y comunicar. La primera historia fue en verso. Se cantaron las hazañas heroicas, las expediciones de guerra, y todos los grandes acontecimientos, no para entretener la imaginación de los oyentes, desfigurando la verdad de los hechos con ingeniosas ficciones, como más adelante se hizo, sino con el mismo objeto que se propusieron después los historiadores y los cronistas<sup>10</sup>.

Igual pasó en los vastos territorios conquistados por España y Portugal. Durante la época colonial, la educación está restringida a los nobles y mantuanos. A estas clases o castas estaba limitado el acceso al libro. Empero, el imperio no pudo evitar que los pueblos cantaran y contaran y se inventaran mil formas de comunicarse. De allí que antes de que la hicieran poesía o novelaran grandes literatos, la Batalla de Carabobo se da en el campo de esas letras urgentes y de lo que, años después, se va a bautizar como literatura oral, la que se mete sin permiso en las casas y haciendas, como río por conuco. Muchos la ven como una literatura efímera, pero desde allí también se cuenta una épica que hace al verso humilde perdurable. Así escribió, un siglo después, el periodista estadounidense John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*, su narrativa sobre la revolución soviética. Y lo hizo, según su testimonio, recogiendo, archivando y ordenando cuanto periódico, volante o papel encontró por las fábricas, calles y caminos. Alguien debe ocuparse de las pequeñas cosas de la historia.

---

[10]\_ Andrés Bello, ob. cit., pp. 339-340.

A principios del siglo XX el escritor costumbrista José E. Machado se dio a la ardua tarea de recopilar muchos de esos versos, coplas y canciones populares que se componían, pergeñaban y regaban a la par que se libraba la guerra de independencia. Advierte que no buscaba en ellos virtudes literarias, sino el testimonio de una época y, si se quiere, las raíces de nuestra identidad como pueblo. Reconoce no hacer nada del otro mundo desde el punto de vista intelectual, ni aspira con su modesto trabajo a la posteridad. Se conforma, acota, con que al cumplirse el segundo centenario de la Batalla de Carabobo, a alguien le sea útil su recopilación y por los menos recuerde su nombre. Es justo lo que hacemos ahora —honor para Machado y gratitud por el legado histórico que nos deja—, ya asomados a 2021, a doscientos años de la batalla cumbre de la emancipación de Venezuela. Machado tituló su obra *Centón lírico*<sup>11</sup>. De acuerdo con la fecha del prólogo calzado con su firma (1918-1919), la primera edición vio la luz hace poco más de un siglo, en vísperas del primer centenario de Carabobo.

Los versos se lanzan de bando y bando. Justo los días previos a la gran batalla, Bolívar ordena a Bermúdez detener a los realistas en Oriente y Caracas. Así lo hace el general patriota, aunque debe ordenar retirada en el cerro El Calvario y replegarse hacia Guarenas. En víspera de Carabobo, los versificadores realistas celebraron antes de tiempo y regaron su cuarteta:

Bermúdez subió al Calvario  
creyendo que era Jesús  
como iba sin Cirineo  
él mismo cargó la cruz<sup>12</sup>.

---

[11]\_ José E. Machado, *Centón lírico*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1976, p. 22

[12]\_ *Ibid.*, p. 26.

La batalla estuvo precedida por una profusión de coplas y canciones en las que el autor anónimo, patriota o realista, canta o satiriza cada victoria propia y cada revés del adversario. Un guerrero de la talla legendaria de José Tomás Boves no escaparía a esas lanzas líricas:

En la batalla de Urica  
Boves torció y levantó  
y apenas llegó al infierno  
el diablo lo condenó.

Dicen que los chapetones  
desde que Boves murió  
les dicen a sus canillas:  
¿Para qué te quiero yo?<sup>13</sup>

Las *lanzas coloradas* que novelara Arturo Uslar Pietri en su obra homónima, tienen su correspondencia literaria y periodística en las lanzas de tinta de las letras combativas que coparon los días cruentos de la independencia. Aquellas van dirigidas a los cuerpos de carne y hueso del enemigo. Estas, a la moral de las tropas y los pueblos. Grave error desdeñar estas últimas. Lo sabe el Libertador Simón Bolívar desde que creó el *Correo del Orinoco*, en 1818, para enfrentar el periodismo de guerra de la *Gaceta de Caracas*, en manos de los realistas. Y simultáneamente con el periodismo patriótico, vuelan los pasquines y encienden los ánimos las coplas y corridos. Luego, por supuesto, entran en la arena las grandes plumas que luchan por la independencia intelectual y cultural. Apunta José E. Machado:

La admirable campaña de la Nueva Granada, en la que el Héroe caraqueño se colocó a la altura de los Grandes Capitanes, encontró sus

---

[13]\_ *Idem.*

Tirteos. De allí en lo adelante Carabobo, Junín y Ayacucho, necesitarán cantores épicos de la talla de Olmedo<sup>14</sup>.

Antes, durante y después de la independencia batallaron las letras. Machado nos trae un soneto de aquellos años posteriores y cercanos a la batalla. El vicepresidente de Colombia, Santander, en un banquete que brindaba en honor a Carabobo, escuchó un poema recitado por el doctor Francisco de Urquinaona. Machado no entrega fecha ni más datos sobre el evento. Declamó el bardo:

El sangriento laurel que un día adornaba  
del bárbaro español la impura frente  
de pura libertad la llama ardiente  
en Carabobo vio despedazada.

El pendón de la patria tremolaba,  
i el monstruo de la Iberia tarde siente  
que todo pliega ante la luz naciente  
que su efímera gloria terminaba.

Contempla el colombiano enajenado  
fulgente el astro de glorioso día  
i a impulso del placer arrebatado  
exclama lleno de gozo y alegría:  
¿Es Bolívar un Dios? Si es un hombre,  
respeto, tiempo, tan augusto nombre<sup>15</sup>.

Poesía impregnada por ese trance del neoclasicismo al romanticismo. Poesía de lauros y laureles. El tiempo nos aleja del campo de batalla, pero se sigue cantando a una épica que entró a la posteridad. Carabobo

---

[14]\_ José E. Machado, ob. cit., p. 27.

[15]\_ *Ibid.*, p. 98.

es inmortal. Lo son los héroes y los mártires. Incluso, lo son las mujeres y los hombres anónimos que hicieron posible la victoria y a quienes, cada cierto tiempo, la canta popular o la historia reivindican. Antes de ir al encuentro de los escritores que desde distintos géneros dirigieron su mirada y sus letras a Carabobo, retomamos, para honrarle, las palabras de Machado en su *Centón lírico*:

Con todo, si algún temor pudiéramos abrigar con respecto al éxito presente, nos alienta y conforta la remota esperanza de que acaso para el año 2021, cuando se celebre el segundo centenario de la batalla de Carabobo, alguien, aficionado a cosas antiguas, y versado en bibliografía, cite con elogio alguno de nuestros libros, de los cuales quizás conserve en sus anaqueles un ejemplar sin abrir, y en perfecto estado de conservación. Probablemente para entonces no seremos en este mundo, pero desde la región de las sombras, nos sentiremos enternecidos ante el siempre tardío y cómodo homenaje de la justicia póstuma<sup>16</sup>.

Siéntase, pues, maestro, enternecido. Sus investigaciones, su curiosidad y sus libros han arribado y son leídos en el segundo centenario de la Batalla de Carabobo, a cien años de haberlos escrito usted. No solo llegó a nuestras manos un ejemplar de su *Centón lírico*, en este caso reeditado por la Presidencia de la República en 1976, sino que lo hemos visto citado por catedráticos, investigadores, historiadores y cronistas. Sus «Pasquinadas y canciones, epigramas y corridos», como usted subtitula su obra, dan una versión y una visión diferentes, sencillas y populares de lo que fue la guerra de independencia en el pueblo de a pie y de a caballo, allá, en nuestra profunda Venezuela. Ahora sí, vamos al encuentro de otros cantores y otros poetas, aquellos que a

---

[16]\_ *Ibid.*, pp. 37-38.

usted lo antecedieron o sucedieron y quienes, cómo no, son invitados a estos dos siglos de independencia y libertad.

Para información del lector del bicentenario —vaya privilegio—, hacemos de su conocimiento que visitaremos la obra de un novelista, Eduardo Blanco; un dramaturgo, César Rengifo; y dos poetas mayores, Fernando Paz Castillo y Vicente Gerbasi. Con ellos, de sus manos y letras, iremos al campo inmortal de Carabobo. Por supuesto, otros escritores no menos importantes también ocuparán nuestra atención, en aquellos textos, en prosa o verso, que dedicaron a la gloriosa batalla de nuestra libertad. También nos asomaremos a la fábula, a la canta criolla y a la canción popular. Queremos ver a Carabobo desde todas las colinas, por modestas que sean, de la imaginación y la creación humanas.

## II

### Carabobo cantada y fabulada

La copla precedió a la batalla. El corrido la sucedió. Los versos echaron el cuento. La canción popular cantó sus glorias. Algunos historiadores han cuestionado que se reduzca la independencia de Venezuela a una batalla. ¿Y quién o quiénes han incurrido en semejante dislate? Negar, empero, lo que significó Carabobo para acabar con el dominio español en esta Tierra de Gracia es caer en el otro extremo. Muchos combates posteriores —la Batalla del Lago, el más relevante— coronarían la gesta libertaria, al igual que, para llegar al 24 de junio de 1821, se transitó un largo proceso de lucha, sacrificio, desolación, derrotas y victorias. Así lo recogen las investigaciones más doctas y así lo relató el pueblo a través de las múltiples voces de sus poetas, juglares, trovadores y copleros. Dos libros ya citados en este ensayo dan testimonio de ese andar de Carabobo de boca en boca: *Centón lírico (Pasquinadas y canciones, epigramas y corridos)*, del maestro José E. Machado; y *La poesía venezolana escrita en la Guerra de Independencia*, del profesor y escritor Lubio Cardozo.

Antes de la batalla librada en el campo de Carabobo, los versos iban y venían, para desmoralizar o entusiasmar a los contrincantes, con humor o picardía:

¡Mi General Bolívar! por Dios te pido  
 que de tus oficiales me deis marido.  
 ¡Vaya! ¡vaya! ¡vaya! me deis marido.  
 Mi general Bolívar tiene en la boca  
 un clavel encarnado que me provoca  
 ¡Vaya! ¡vaya! ¡vaya! que me provoca<sup>17</sup>.

Los versos se convierten en canciones patrióticas. La estrofa que pusimos de ejemplo toca aspectos de seducción y sensualismo —picardía y erotismo—, pero no es más que el gancho para luego, en las siguientes, introducir la proclama libertaria y la burla contra los realistas.

Son versos anónimos que corren de boca en boca, pasquinadas y corridos. El canto a la bandera es permanente; no es para menos, es la enseña y el símbolo que llevan las tropas a las batallas:

El pabellón de España  
 pues a tus pies los visteis  
 cuando en el campo hicisteis  
 fijar el tricolor<sup>18</sup>.

Son tiempos de guerra. Todas las pasiones y sentimientos están presentes, se entrecruzan y afloran: el amor, el temor, la fidelidad, la confianza o la desconfianza. Los versos lo expresan:

Las cajas y cornetas me anuncian al marchar,  
 y de mi amada dueña me voy a separar  
 yo viviré pensando, pues ya tu amor perdí, y tú, quizás, ¡bien  
 mío!, te olvidarás de mí.

---

[17]\_ Lubio Cardoso, *La poesía venezolana escrita en la Guerra de Independencia*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012, p. 54.

[18]\_ *Ibid.*, p. 55.

En el segundo toque empiezo a suspirar:  
 al ver que sin recurso te tengo que dejar  
 ascensos ni victorias podrán interesar  
 si de mi amada dueña la vista he de perder.

Ya salen las banderas, las que he de seguir,  
 y de ella a quien adoro me voy a despedir,  
 yo viviré pensando, pues ya tu amor perdí,  
 y tú, quizás, ¡bien mío!, te olvidarás de mí<sup>19</sup>.

Las anteriores cuartetas son compuestas al fragor de la contienda. Las transcribo porque, con toda su ingenuidad literaria o lo que se quiera, revelan que la guerra no solo es plomo y sangre y muerte. Todo el drama humano converge en su desarrollo. Nada nuevo bajo el sol y, sin embargo, nuevo para cada soldado, hombre o mujer, de hoy o de mañana, que se ve enrolado en un conflicto bélico. Lejos del miliciano que pergeñó, cantó o tarareó las estrofas antes citadas, muchos años después, el cantante puertorriqueño Daniel Santos, conocido como «El Inquieto Anacobero», cantaría la pieza del compositor Pedro Flores:

Vengo a decirle adiós a los muchachos  
 porque pronto me voy para la guerra  
 y aunque voy a pelear en otras tierras  
 voy a salvar mi derecho, mi patria y mi fe<sup>20</sup>.

Así fue ayer, así es hoy y así será mañana. Pero volvamos a Carabobo. Largo y arduo fue el proceso para arribar al 24 de junio de 1821. Eduardo Blanco describe las grandes batallas que la precedieron. El verso peregrino también fue registrando los combates previos:

---

[19]\_ *Ibid.*, pp. 56-57.

[20]\_ *Ibid.*, p. 50.

En Urica murió Boves,  
 en El Alacrán, Quijada,  
 y en el sitio del Juncal  
 Rosete y sus camaradas<sup>21</sup>.

También se puede seguir el curso de la historia a través de las coplas y canciones. Después los historiadores se encargarán de darle método, y la academia, toga. La historia oficial decidirá quiénes entran en sus páginas y a quiénes les están vedadas. Las pasiones o supersticiones que pueblan las noches del soldado quedarán del lado afuera, así los fantasmas ululen, como en esta cuarteta:

Mientras vivan Aramendi  
 Muñoz y el bravo Rendón  
 dormirá viendo visiones  
 en el llano el español<sup>22</sup>.

En mayo de 1821, como decir, en vísperas de la gran batalla, los realistas loaban a su rey con un canto lúgubre y postrero:

Muera la maraña  
 de viles traidores  
 y los seductores  
 contra el rey de España.

Fernando Séptimo aclama  
 el Consejo de Castilla  
 para que felice viva  
 por rey de toda la España.

Fernando estaba tirado  
 debajo de una escalera

---

[21]\_ *Ibid.*, p. 59.

[22]\_ José E. Machado, *Centón lírico*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1976, p. 94.

y ahora lo hemos sacado  
para fijar la bandera<sup>23</sup>.

Al mes siguiente, esa bandera era arriada en el campo de Carabobo. La copla iba y venía. La lucha siguió después de la gran batalla y, también, el contrapunteo de los enfrentados. La canción patriótica celebraba la victoria. En su campaña del Sur le cantaron a Bolívar:

Tú que al tirano de la patria ahuyentas  
Simón ilustre de Colombia gloria  
vive feliz por todos vuestros días  
i los dioses conserven tu memoria.

En Boyacá la patria resucita  
a esfuerzos de tu mano victoriosa  
i Carabobo anuncia y preconiza  
que ya sigue su marcha majestuosa<sup>24</sup>.

La Batalla de Carabobo se lleva en el alma. Cada época le canta y la canta a su manera. Renny Ottolina<sup>25</sup>, esa leyenda de la televisión venezolana, la llevó a la llamada «pantalla chica», un medio no muy dado a la historia patria y más propicio para la farándula que para la épica (*time is money*). El destacado animador apeló a un recurso que le sirviera de hilo conductor de su documental, sin que este perdiera amenidad, una exigencia del medio radioeléctrico para mantener la audiencia: recurrió a la poesía. Para ello convocó a un bardo cuyos poemas se recitan por bailes y caminos, el popular autor de «Rosalinda», don Ernesto Luis Rodríguez. Las décimas del poeta llanero hicieron del viaje en el tiempo y el espacio

---

[23]\_ *Ibid.*, p. 177.

[24]\_ Lubio Cardozo, ob. cit., pp. 171-172.

[25]\_ Renny Ottolina, Renny presenta: Batalla de Carabobo. En: <https://youtu.be/6pqLnwMfwvI>

a Carabobo un ameno periplo. El preámbulo es la Batalla de La Victoria y el heroísmo de José Félix Ribas (Carabobo no es un hecho aislado, es un proceso). Las décimas de Rodríguez las declama el mismo Ottolina:

Nos acompaña la historia  
 por los caminos de Aragua  
 el gesto heroico se fragua  
 con Ribas en La Victoria.  
 Aquí se empina la gloria  
 de un pueblo sin pesimismo  
 aquí logró el patriotismo  
 su más hermoso trofeo  
 la cumbre de San Mateo  
 en un altar de heroísmo.

De su elevación épica con el triunfo de Ribas en La Victoria y la inmolación de Ricaurte en San Mateo, el poeta presenta el paisaje al viajero actual, con sus paradas, costumbres y tradiciones, un recurso excelente para la televisión, no de distracción, sino de ubicación geográfica del recorrido:

Un alto en la encrucijada  
 nutrida de vendedores  
 que entre naranjas y flores  
 viven salida y llegada.  
 La tierra fértil y amada  
 su corazón nos enseña  
 aquí converge risueña  
 la Venezuela que viaja  
 y el entusiasmo trabaja  
 bajo la paz aragüeña.

Ese es el Aragua de hoy, un remanso de paz donde ayer se libraron cruentas batallas. El poeta nos lleva al pasado y al presente. La cámara

de televisión sigue sus versos. Lo simbólico histórico se plasma en el viejo Samán de Güere, testigo del juramento de nuestro Libertador.

¡Oh viejo Samán de Güere!  
alero de los patriotas  
hoy tienes las alas rotas  
pero el recuerdo te quiere.  
Tu recio tronco se muere  
ya huérfano de fulgores  
en ti los libertadores  
hallaron brazos tendidos  
con tu bandera de nidos  
y tu clarín de verdes.

Un árbol testigo de nuestra historia, expresión del paso del tiempo, símbolo de nuestro imaginario como pueblo. Después, en las décimas del poeta, la Valencia de hoy y la Valencia del rey. La independencia y el señorío. Este es el contexto geográfico, histórico y social de la gran batalla:

De Maracay a Valencia  
por San Joaquín y Mariara  
levantas serena y clara  
la luz de la independencia.  
En todo está la evidencia  
de un pueblo noble y bravío  
Valencia parece un río  
de sol y mujeres bellas  
el cielo reluce en ellas  
la gracia del señorío.

Valencia señorial y Valencia independentista. Guerra de paradojas y contradicciones. La historia no es una línea recta. Y en esa tierra el choque de dos visiones del mundo: la colonial y la libertaria. Y el choque

de dos ejércitos formidables, comandados por estrategias curtidos en dos décadas de guerra sin cuartel.

En Carabobo la gloria  
de plenitud se desvela  
aquí encontró Venezuela  
su incomparable victoria.  
Bolívar alzó la historia  
con temple de heroicidad  
y con amor y lealtad  
izando el alma aguerrida  
la patria fue bienvenida  
al sol de la libertad.

Las décimas, como el mismo famoso animador lo afirma, le abren a Renny Ottolina las puertas de Carabobo. El documental sobre la gran batalla reafirma su excelencia profesional como hombre de televisión. La amenidad que exige el medio audiovisual no afecta el rigor histórico y, por el contrario, le impregna interés y lo acerca a públicos de todos los niveles educativos. Gracias al magistral manejo de Ottolina del lenguaje televisivo, la Batalla de Carabobo entró a todos los hogares, en palabras e imágenes, desde el mismo lugar de los hechos, para decirlo con el argot periodístico. El locutor invita a los televidentes a un viaje desde los valles de Aragua hasta el campo donde se libró la contienda. En la medida en que, como guía turístico, le da a conocer paisajes y lugares, le ofrece la referencia histórica de cada sitio, en un viaje también en el tiempo. Lo que hizo, pues, el vate Ernesto Luis Rodríguez en su poema. «En esta casa —narra Ottolina— vivió el general en Jefe Santiago Mariño; esta es la Casa Páez, donde vivió el Centauro de los llanos: estos cuadros de cada una de sus batallas, incluida la de Carabobo, prácticamente se los “dictó” el general Páez al pintor Pedro Castillo (futuro abuelo de Arturo Michelena); aquí,

en la Casa de los Celli, velaron al general Ambrosio Plaza, caído en Carabobo...».

Luego, antes de situarse en el Campo de Carabobo y narrar desde allí, el animador nos invita a San Carlos, estado Cojedes, para visitar la casa llamada «La Blanquera», donde el Libertador con su estado mayor planificó la histórica batalla, el 18 de junio de 1821. Allí mismo, el 26 de junio, se daría la gran fiesta de los patriotas para celebrar la victoria emancipadora. La historia oficial no se detiene en estos detalles. El documental televisivo sí los destaca para evidenciar que Carabobo, además de plomo y gritos y lanzas y sangre, fue un acontecimiento profundamente humano. La historia narra y contextualiza los hechos. La pintura los plasma, como la obra de Martín Tovar y Tovar que hace de firmamento en el Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, en Caracas.

Un nuevo medio para entonces (años 70), los revive, los escenifica, los recrea. Es Carabobo una y múltiple, desde todos los ángulos, desde todos los medios, desde el pasquín y el verso ingenuo y sencillo de los días de la independencia, hasta las más sofisticadas formas de expresión que permiten las modernas plataformas tecnológicas.

De la televisión, Carabobo pasa al disco. Ya está en la canción desde los días de la independencia. Si el gran animador Renny Ottolina convocó a su lado al poeta popular y llanero Ernesto Luis Rodríguez, también tres voces se unieron para cantarles a dos héroes de la batalla: el general José Antonio Páez y el teniente Pedro Camejo. En letra y canto convergieron el poeta y humorista Manuel Graterol Santander (Graterolacho), el compositor y cantor Simón Díaz y el cantante oriental Gualberto Ibarreto. Los tres se fueron a Carabobo y de allá nos trajeron la canción titulada «El Catire y el Negro», un merengue citadino en la autorizada opinión de Rafael Salazar. Leámoslo:

Son muchos los héroes anónimos de nuestra historia; la mayoría dispersos en la memoria popular. La muerte de Pedro Camejo, Negro Primero, acontecida en el campo de batalla, motivó su despedida ante su jefe, el general Páez, quien lo increpa diciéndole «¿Por qué huyes, cobarde?», a lo que Negro Primero respondió con su ya histórica frase: «No vengo huyendo, mi General, vengo a decirle adiós porque estoy muerto». Esta acción heroica acontecida en el Campo de Carabobo es musicalizada con un merengue ciudadano que hoy cabalga en la voz del pueblo<sup>26</sup>.

El heroico episodio, con su expresión de coraje y lealtad hasta la muerte, relatado por el general Páez, trasciende el campo de batalla y se hace leyenda, canción, culto (Negro Primero sube a los altares de la santería), copla, corrido, teatro y acto cultural en todas las escuelas del país. Manuel Graterol Santander le puso letra, Simón Díaz música y Gualberto Ibarreto voz, en la canción que abre con el encuentro de los dos héroes:

Se conocieron los dos  
por los lados de Payara  
uno levantó la voz  
y el otro no dijo nada.

La llanura de Apure es el escenario donde se conocen. La voz la levanta el jefe, Páez, para que Pedro Camejo (luego, Negro Primero) lo siguiera y se incorporara a la lucha por la independencia de la patria. «El otro no dijo nada», zamarro como los llaneros. Simplemente lo siguió. Juntos, la empatía se fraguó al calor de las más intensas batallas por esos llanos de Dios:

---

[26]\_ Rafael Salazar, en Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, Fundación Tradiciones Caraqueñas, Ministerio del Poder Popular para Economía y Finanzas, Caracas, 2008, p. 282.

Se pusieron a pelear  
no quedaba más remedio  
Mucuritas, El Yagual  
y las Queseras del Medio.

Para un lector extranjero, habría que ir explicando cada uno de estos nombres, dados a las batallas de acuerdo con el sitio donde se libraban. El venezolano, en cambio, los viene escuchando desde la escuela primaria. En la batalla de Queseras del Medio el general Páez lanzó su famoso grito de «¡Vuelvan caras!». Así, aparte de su valentía, su sapiencia y audacia militar, se fue fraguando su leyenda. Y siempre, entre sus tropas, el teniente de caballería Pedro Camejo, llamado Negro Primero porque solía decir que delante de él tan solo iba la cabeza de su caballo. Tal el temple de aquellos guerreros y guerreras de la independencia. La canción reconstruye la historia y los hechos:

Levantaron lanza y mano  
repartieron sangre y grito  
el Catire comandando  
y el Negro de primerito.

La historia de los dos hombres alcanza su más alto dramatismo cuando Camejo, herido de muerte, retrocede para despedirse de su jefe y de la vida:

Pero el Catire lloró  
porque con el pecho abierto  
el Negro le dijo adiós  
¡Adiós porque estaba muerto!

Así anda Carabobo, la batalla de las batallas, de boca en boca, de pueblo en pueblo, hecha canción, rezo, leyenda, creencia, fábula, corrido, copla, contrapunteo, sin dejar de ser lo que esencial y profundamente es: Historia, con mayúscula.

### Fábulas y cuentos de camino

La historiografía registra la batalla, el choque militar, con sus antecedentes y contextualización. Empero, múltiples visiones, desde distintos ángulos y puntos de mira, ofrecen su relato. La canción o el poema particularizan el acontecimiento histórico en un héroe, una anécdota o un hecho individual. El arrojó y la muerte de un Cedeño, un Plaza, un Camejo. Nacen las leyendas y echan a andar, como el viento. Afloran las creencias y los cultos. La superstición alimenta sus fantasmas. Las almas no se van del campo de Carabobo. Las ánimas van y vienen. Una mujer llora por las noches en aquella sabana llena de tanta historia, de tanto heroísmo, de tanta muerte. Quienes aseguran haber visto a la llorona por aquellos parajes, lo juran por todas las cruces que les pidan. Un hombre alto, de elegante sombrero, va y viene y desaparece cuando alguien intenta acercársele. Carabobo, también, es cuento de camino. La realidad es multidimensional.

Negro Primero hace milagros. En compensación le prenden velas, lo alumbran. En esos altares donde invocan los espíritus, se le encuentra al lado del Negro Miguel y de María Lionza, la reina de la montaña de Sorte que inspirara a Rubén Blades y se hiciera ritmo y salsa. Con su uniforme de teniente de caballería comparte altares con Simón Bolívar y el doctor José Gregorio Hernández. Pero ninguna creencia logra sacarlo de la historia. Ninguna leyenda borra su corajuda y sublime despedida. Carabobo es Simón Bolívar, tocando «la atalaya del universo»; es Páez elevado al rango de general en jefe en el campo de batalla; es Cedeño, «bravo entre los bravos», inmutable ante la muerte; es el intrépido Ambrosio Plaza y es Negro Primero y, con él, todas las mujeres y todos los hombres anónimos caídos en combate sin adiós y sin ascenso. Y es, también, la fábula que pregonan los arrieros, que cuentan los agricultores por los caminos, que pasa de boca en boca en la tradición oral. Son los llaneros que en la canta de Alberto Arvelo Torrealba exclaman: «¡Por aquí pasó, compadre, hacia aquellos montes lejos!». Son los campesinos que

en la poesía de Vicente Gerbasi dicen que lo vieron «pasar a caballo bajo arcoíris de los llanos». Y es, otra vez, fábula y fabulación.

Entre esos invencioneros de distintas regiones del país, el poeta y fotógrafo Enrique Hernández D'Jesús se dedicó a buscar el Bolívar profundo que respira en el alma del pueblo. Grabó sus voces, fotografió sus rostros. En varios de ellos y ellas afloró Carabobo, la sabana del combate, el campo donde quedaron merodeando los espíritus de los vencidos y los vencedores, el alma de los caídos, las ánimas en pena que se niegan a abandonar la tierra abonada con sangre en la que la brisa mece los gritos y los ayes que la historia y la academia no apagan. ¿Quiénes son estos hombres y mujeres?: cuentacuentos, santeros, artesanos, pulperos, yerbateros, muñequeras, pintores, talladores.

Sobre el libro de Hernández D'Jesús, titulado *Bolívar: fábula de los fabuladores*, escribe el también poeta y ensayista Luis Alberto Crespo:

Basta con detenerse a escuchar a un contador de leyendas y mitos, en la ciudad, en el villorrio, por la calle, por los caminos, no importa cuándo, aun cuando se diera a referir un testimonio fugaz, vano, para que surja, de pronto, alguna anécdota de Bolívar, en la que dase el juntamiento de la fidelidad biográfica y la libre fantasía. Basta con fijar nuestra atención en la obra del artista popular, bajo el ventorrillo o en el taller en donde divulga sus creaciones de corazón de cedro, raíz de ceiba, rama de alcornoque o sus criaturas de arcilla y piedra, sus pinturas de color vivo y motivos de inocencia y ternura, para que descubramos entre sus «modelos» aquel a quien el verso de Arvelo Torrealba avizora en el horizonte y en la memoria: «por aquí pasó, compadre», entre caseríos de niebla o de mediodía, hondonadas y cimas...<sup>27</sup>.

---

[27]\_ Luis Alberto Crespo, en Enrique Hernández D'Jesús, *Bolívar: fábula de los fabuladores*, Consejo Nacional Electoral, Centro de Publicaciones del Instituto de Altos Estudios del Poder Electoral, Caracas, 2011, p. 10.

Al igual que el Bolívar que sale del imaginario popular, de la visión mágico-religiosa de los pueblos, también sus hazañas y batallas afloran en ese «juntamiento» de fidelidad histórica y «libre fantasía». La literatura oral tiene la virtud (para algunos, el defecto) de enriquecerse día a día, de persona a persona, de generación en generación. Recuerdo la anécdota de mi hermano mayor, Antonio, quien raspó Historia de Venezuela en sexto grado porque, cuando el maestro Bastardo le pidió que describiera la Batalla de Carabobo, se largó a narrar: «Maestro, eso era plomo por aquí, plomo por allá, plomo más allá...», hasta que el abrumado docente lo atajó y le dijo: «Y cero por aquí». Visto en la distancia, el hermano Antonio no estaba descaminado en su descripción: la historia descriptiva que se nos enseñaba reducía las batallas a plomo, bajas, victoria y derrota. Los poetas y novelistas las verían desde una dimensión más humana. Los fabuladores, desde su cosmovisión mágico-religiosa. Vamos, de la mano, letra y cámara de Enrique Hernández D'Jesús al encuentro de algunos de ellos. A doscientos años de la épica de Carabobo, apartemos tanto olvido y escuchémoslo.

José Vicente Zambrano Manrique dice que nació en 1914 y prestó servicio militar bajo los gobiernos de Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras. Allí no lo enseñaron a leer ni a escribir. Atiende un puesto de ventas de cualquier cosa y los hechos históricos se le mezclan con los imaginarios. Cree que Simón Bolívar nació en un cerro de Caracas lleno de vacas y en la Batalla de Carabobo se le cruzan los tiempos y los héroes:

En la Batalla de Carabobo [le cuenta a Enrique Hernández D'Jesús], cuando ya le llegaron los llaneros a cogerle el parque, ahí fue cuando el Estado Mayor, el resguardo era Sucre, y dijo Bolívar: «Sucre se muere, pero la patria se salva», y fue cuando le metió candela a la dinamita. Ahí se murieron muchos, pero la

patria se salvó. Fue una sola explosión, ahí murieron de a caballo y de a pie<sup>28</sup>.

Esa es la Batalla de Carabobo de este humilde venezolano, de este fabulador; esa es su batalla, en la que mete al mariscal Antonio José de Sucre, héroe de Ayacucho (quien no participó en ese combate), y coloca en Carabobo la inmolación del prócer Ricaurte cuando voló el parque de San Mateo. Esa es su historia.

El agricultor Ananías Belandria, de Bailadores, estado Mérida, sabe de matas y yerbas medicinales y montes y habla de una extraña batalla en la que peleó Simón Bolívar:

Lo que he oído es cuando las batallas de Bolívar, él dijo en un punto, yo no sé dónde, dijo que iba a pelear con el enemigo de sol a sol. El enemigo también se apertrechó para el día, y Bolívar, viendo que ya se ocultaba el sol, le pidió a Dios que le detuviera el sol un momento, y el sol se paró. Y al enemigo se le había acabado el pertrecho, y entonces Bolívar ganó la batalla. La pelea era fuerte. Lo que sí no sé, es en qué parte del mundo sería. Pero esa historia la he oído<sup>29</sup>.

Estas cuestiones sobrenaturales retumban desde 1812, cuando Bolívar lanzó su célebre y controvertida proclama: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». Proclama del prócer para contrarrestar la prédica de la jerarquía de la Iglesia católica, según la cual el terremoto de 1812 era un castigo divino por desconocer los patriotas al rey de España. El agricultor Ananías habla de una batalla que bien pudo ser Carabobo o cualquier otra, librada en algún lugar del

---

[28]\_ *Ibid.*, p. 31.

[29]\_ *Ibid.*, p. 42.

mundo, una vez que Bolívar le solicitó a Dios detener el sol, y así ocurrió. Para el yerbatero, Bolívar podía hacer este prodigio y mucho más.

Jesús María Rodríguez es tallador. Cuenta la historia con la madera:

Y estas tallas que hago, es la Batalla de Carabobo. Tiene la plaza. Y le pongo una foto para agarrar en mente a los demás. Hay unos que dicen que no es. Y por eso los agarro yo, facilito<sup>30</sup>.

No acepta que duden de su Batalla de Carabobo tallada en madera. De sus manos artesanas sale la historia como se la contaron y la ha oído y la imagina. Para este interlocutor de los árboles y los pájaros, la batalla es una fiesta, una tradición, un tamunangue. Su madera lo cuenta:

Pienso que los pájaros son aves, eso significa aves. Yo hago muchas garzas. Pero ahorita no estoy haciendo garzas. Estoy haciendo la Batalla de Carabobo, pero ahí faltan los indios. Pero eso es lo que pasa, guerra, eso no es guerra, porque ahí hay un sacerdote, y el sacerdote es San Antonio, el padre San Antonio. Entonces eso significa eso. Batalla de Carabobo es por el *tumunangue*, que es una batalla. La fiesta del *tumunangue* significa batalla. ¡Ajá!, entonces, el que está allá, ese es San Antonio, esa es una misión que hay allá. Pero entonces, como ven otras cosas, esas son una relación de guerra y otras. Claro que como existió, tiene que haberlo, pero también hay la misión, y ahí está todo junto. La Batalla de Carabobo es una fiesta, mejor dicho, es un festón, junto con la batalla de San Antonio. Esta es una fiesta muy bonita, pero eso sí, que la sepan bailar y manejar, que la sepan tocar. Eso no lo saben tocar ahorita, como lo tocaban los patrióticos. Yo lo entiendo algo, porque yo no soy nacido allá, soy criado solamente. Me gusta, sí, me gusta y por eso la entiendo<sup>31</sup>.

---

[30]\_ *Ibid.*, p. 89.

[31]\_ *Ibid.*, p. 90.

Allí está la madera. Allí la talla. Allí la Batalla de Carabobo.

Allí la fiesta. O el fiestón. Allí el baile del tamunangue. El baile es guerra. Pero la batalla no es guerra. Porque allí está un sacerdote, en la madera. Allí la mezcla de la historia y la tradición. El sincretismo cultural. Lo mágico-religioso. Lo divino, lo pagano. Todo en la talla de Jesús María Rodríguez.

Es el realismo mágico que alcanzó altas cotas de deslumbramiento en la literatura latinoamericana. Es lo real maravilloso que Alejo Carpentier nos revela desde las páginas de *El reino de este mundo*. Es la Batalla de Carabobo vista, contada, pintada, rezada, tallada y contada por los fabuladores que Enrique Hernández D'Jesús encontró por los caminos y los pueblos de la Venezuela profunda.

Sigamos, otras visiones nos esperan.

### III

## Carabobo en la narrativa

*Venezuela heroica*

Eduardo Blanco

De Eduardo Blanco, para una biografía, se sabe muy poco, casi diríamos que lo básico. Uno de sus libros, *Venezuela heroica*, se distanció en fama y reconocimiento de su autor. Gracias a esta obra, los lectores y especialistas volvieron su mirada hacia él, sin lograr sacarlo de la sombra de su criatura literaria. De todas maneras, por ahora, nos interesa el libro, sobre todo las páginas dedicadas a la Batalla de Carabobo, en el marco de los doscientos años de este portentoso acontecimiento histórico.

*Venezuela heroica*, teniendo de historia y de novela, es un libro malquerido por novelistas e historiadores. Quienes así corresponden a la obra al leerla, tienen sus razones. Para ser historia, le falta realidad y le sobra inspiración. Para ser novela, le falta imaginación y le sobra realidad. No tiene método, luego no es historia. Es demasiado metódica, luego no es novela. Para la época en que fue publicada, los géneros literarios eran categorías rígidas, aunque no faltaría el escritor adelantado que se saltara la verja de uno a otro cercado. No es el caso de Eduardo Blanco. Es obvio que el autor quiso escribir una novela sobre la gesta independentista de Venezuela. Es evidente que lo quiso hacer apegado rigurosamente a los hechos históricos. La novela le cobró este rigor. La historia le facturó el querer novelarla.

Con la obra de Blanco no se inaugura la confrontación entre los distintos géneros en la literatura. El autor mismo pertenece a una época en la que el romanticismo irrumpe frente al neoclasicismo. Andrés Bello observa las diferencias entre ambos movimientos o escuelas culturales y artísticas con respecto a las categorías literarias:

En literatura los clásicos y los románticos tienen cierta semejanza con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo, perniciosas, confunden a veces la libertad con las más desenfadada licencia<sup>32</sup>.

Eduardo Blanco, en ese trance y ese tránsito de lo neoclásico a lo romántico, paga tributo a uno y otro. Ni se acoge a la rigidez o rigurosidad de los primeros, ni «busca liberar el ingenio con trabas inútiles». Es un hombre de su tiempo y escribe una obra que lo trasciende. Sobre la ubicación de la misma como género literario ya se han ocupado los críticos y la academia. Hay datos históricos y personales que no debemos perder de vista. Blanco escribe en los años inmediatos a la independencia, cuando las pasiones de la guerra y la política todavía estaban encendidas. Lo sigue, lo escolta y lo acosa una literatura incendiaria, proclamatoria, laudatoria a veces, en muchos casos himnica. El mismo Blanco fue edecán, en los años de la guerra federal (1859-1863), nada menos que de uno de los próceres más destacados y legendarios de la independencia, el general en jefe José Antonio Páez. Y esto, el contexto histórico y la vida personal, a la hora de escribir, marca.

---

[32]\_ Andrés Bello, *Obra literaria*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 353.

Otros dos datos no menos importantes: Blanco cursó la secundaria en el colegio El Salvador del Mundo, bajo la conducción magisterial de Juan Vicente González, uno de los más insignes tribunos, periodistas y escritores del siglo XIX. El estilo es el hombre, dice el aserto, y es verdad; pero también, el estilo es el maestro; quien nos formó o hayamos leído. Asimismo, Blanco fue militar y, como ya se dijo, estuvo bajo la conducción de José Antonio Páez. La formación militar también influye en nuestro lenguaje y deja huellas en el estilo. Hay en *Venezuela heroica* toques de diana, desfiles de banderas, trompetas de guerra y coros de himnos y canciones patrióticas. Y la gesta de Carabobo fue eso y mucho más para alguien con formación literaria y militar.

Sobre la batalla que sellará nuestra independencia, ya lo dijimos, estuvo más presente la lírica que la narrativa. Y la primera hubo de oír el llamado de Andrés Bello para que dejara «la culta Europa» y volviera su atención a lo real maravilloso americano, para decirlo con Alejo Carpentier. De allí que *Venezuela heroica* se constituya en un oasis en el desierto narrativo que tuvo a la emancipación como tema. En este contexto, la contienda de Carabobo no será la excepción. En la introducción de su libro, el propio autor lo señala:

(...) En cambio, adoptábamos como nuestras las glorias castellanas. Era este un consuelo, no una satisfacción. Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale a vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante. El Cid, Gonzalo y Don Pelayo, eran los héroes de todas las leyendas. La conquista de Granada, el poema por excelencia: nuestros padres se lo sabían de memoria. Como se ve, la poesía del heroísmo nos venía de allende los mares<sup>33</sup>.

---

[33]\_ Eduardo Blanco, *Venezuela heroica*, Fundación Tradiciones Caraqueñas, Ministerio del Poder Popular para Economía y Finanzas, Caracas, 2008, p. 17.

La guerra convocaría a la poesía incendiaria y esta acudiría a los campos de combate, pero todavía tardaría en llegar la narrativa. Es este un mérito de Eduardo Blanco, quien en su libro nos hace el gran fresco de cinco batallas. La última, la de Carabobo, termina por abrir las puertas de la independencia. Un crítico de excepción, José Martí, apóstol de la libertad de Cuba, elogia *Venezuela heroica* con estas palabras:

Cinco batallas describe el libro. La Victoria, llena toda de Ribas; San Mateo, que de tumba en tumba se hace cuna; las Queseras, que oscurecen a Troya; Boyacá, por donde se entra a Colombia; Carabobo, donde muere Hernán Cortés. Con grandes palabras dice estos grandísimos hechos. Cada combate tiene sus héroes y sus formas, y con urdimbre artística, lo menudo y humano de la lidia, como distribución de tropas y lugares, está hábilmente mezclado a lo divino<sup>34</sup>.

Sin las batallas y victorias que la precedieron, no se llega a Carabobo. José Martí, una de las voces mayores de la poesía hispanoamericana y de los precursores del modernismo, elogia la vena artística de Blanco pero, también, su rigor histórico. Aquí asoma otro género en las páginas de la obra: el ensayo, categoría literaria que introduce la interpretación personal de los hechos que se narran. Quien escribe, Blanco, es un narrador que conoce su oficio, pero al mismo tiempo es un militar. De allí la precisión y la propiedad con que describe los preparativos, desarrollo y desenlace de la batalla. Martí, en quien también confluyeron en vida y espíritu las letras y las armas, no pierde de vista este despliegue literario y militar.

---

[34]\_ José Martí, «Palabras de José Martí», en Eduardo Blanco, ob. cit., p. 13.

### Carabobo, campo invicto

La sabana de Carabobo siempre le fue adversa a los realistas y propicia, casi cómplice (o aliada), a la causa patriótica. Algo de lo que posteriormente se conocería como realismo mágico fulgura en las líneas de la obra de Eduardo Blanco cuando recuerda este detalle, donde los españoles más bien verían superstición. Observa el escritor:

Parecía que los jefes realistas habían olvidado en 1821, a 1814. De lo contrario, ¿cómo elegir a Carabobo, su necrópolis, para escenario del final desenlace de aquel sangriento drama?

La sola pretensión era un reto al destino, una provocación audaz a la fuerza misteriosa que decide a su arbitrio los acontecimientos humanos<sup>35</sup>.

Blanco alude al destino tantas veces retado y contradicho por el Libertador Simón Bolívar, desde sus memorables palabras ante el terremoto de 1812. También habla el narrador de una «fuerza misteriosa». Obvio que en estos pasajes el novelista despliega sus alas frente al historiador, el ensayista y el analista de acciones militares. No será el único en quien la heroica gesta de Carabobo impactará y conmoverá, hasta sentirse poseído por las musas u otras «fuerzas misteriosas». Pero no salgamos todavía del fértil campo de la imaginación, porque también la historia tiene sus caprichos, que los novelistas realistas llamarían luego «puras coincidencias».

Aquel campo que la temeridad presumía arrebatarnos, era nuestro, nos pertenecía por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la

---

[35]\_ Eduardo Blanco, ob. cit., p. 260.

Revolución. Aún repetían los ecos de la inmortal llanura el estruendo y los vítores de la cruenta jornada del 28 de mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ribas y Mariño, de Urdaneta y de los dos Montilla, de Bermúdez, Soubllette y los Monagas, de Valdés, Palacios, Freites y Carvajal, el famoso Tigre Encaramado. Aquel fulgente campo, poblado de recuerdos heroicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice; era rebelde a España<sup>36</sup>.

Así lo escribe el novelista. Pero también hay un factor psicológico que influye en las tropas sobre aquellos sitios donde se alcanzó una victoria o se sufrió una derrota. Sentir que el campo de batalla es nuestro aliado, nuestro cómplice, anima los espíritus, los exalta, les insufla seguridad. Eso ocurre hasta en los encuentros deportivos. Jugar en casa es siempre una ventaja. En el fútbol, se dice que el público es el jugador número doce. El historiador lo sabe, pero es el novelista quien tiene licencia para expresarlo a sus anchas:

¿Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen, cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban?

Así como La Puerta nos fue constantemente adverso durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario, siempre nos fue propicio.

Cuantas veces la fatalidad llevó a nuestros guerreros a librar en el sitio de La Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores, y aquella tierra hostil a los independientes, absorbió nuestra sangre hasta saciar su sed (...). Carabobo, propicio siempre a nuestra causa, parecía tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena donde nuestros contrarios presumían hu-

---

[36]\_ *Ibid.*

millarnos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!<sup>37</sup>

El novelista, para entrever la victoria realista, recurre al apoyo de «fuerzas misteriosas». La historia le da la razón. Coloca la fortuna para uno u otro bando en determinadas ubicaciones geográficas. La Puerta siempre está al lado de los realistas. Carabobo con los patriotas. Si este campo, según el escritor, era la «necrópolis» de los españoles, escoger dicho lugar para una batalla «era un reto al destino». Blanco no dudaba de «la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres». Si los patriotas iban a batallar a La Puerta, era por una «fatalidad». En cambio, la llanura de Carabobo «parecía tener secreto pacto con el Libertador».

Estas alusiones sobrenaturales —destino, fatalidad, fuerzas misteriosas, pactos secretos— son las que niegan a *Venezuela heroica* como obra histórica. Estos pasajes son los que espiritualizan la guerra, seducen al lector e impregnan las páginas del libro de un halo encantador. A esas fuerzas recurren los realistas para colocar a la fuerza divina del lado del rey. También contra esas creencias tuvo que luchar el ejército libertador. La superstición, por aquellos años, formaba parte de la realidad. La fe también iba a la guerra. La conquista llegó a América con la cruz y la espada. Si junto con las armas, las letras concurrían al campo de batalla, allí se iban a encontrar con lo sobrenatural. Carabobo había que ganarla en la arena del combate, pero también en el alma de los hombres y mujeres de aquel tiempo.

Pero Carabobo no es una superstición. Es historia. El novelista recoge las alas de la imaginación y rinde tributo a esta disciplina:

---

[37]\_ *Ibid.*

1813 sirvió eficazmente a 1821. La historia es un libro prodigioso; un arsenal donde todo se encuentra: armas para el combate, escudos para la defensa; ella ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado.

Evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada a nuestras pasiones, las inflama y produce el incendio. Bolívar en las llanuras de Taguanes abrió aquel libro y mostró a sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones, y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fue la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar a la batalla. Bolívar hizo pies en los «Taguanes» para escalar a «Carabobo»: una victoria servía a la otra de escabel<sup>38</sup>.

Aquí el destino se hace a un lado y los generales, oficiales y soldados, quedan solos en descampado. Nada está en manos de la fatalidad. No hay pactos secretos. No hay geografía cómplice. Las fuerzas sobrenaturales se esfuman o quedan reducidas a las puntas de las lanzas y al coraje de los combatientes que las empuñan. La historia sí está presente y viva. Ayer, allí otra batalla se libró. Su recuerdo pesa. Aquella página no se pasó. Se vuelve a abrir para que continúe escribiendo la epopeya de un pueblo decidido a ser libre.

### **De los aztecas al Olimpo**

En su comentario sobre *Venezuela heroica*, José Martí exalta la Batalla de Carabobo con una metáfora que nos sacude y obliga a volver sobre ella. Escribe el apóstol cubano: «Carabobo, donde muere Hernán Cortés». La alusión al legendario y despiadado conquistador de México ofrece

---

[38]\_ *Ibid.*, p. 262.

múltiples lecturas. Una, Carabobo es otra «Noche triste» para el Imperio español. Dos, en esta batalla comenzó el ocaso de un sol imperial que terminaría de eclipsarse en Junín y Ayacucho. El mismo autor de la obra, al describir la historia de la derrota de los jefes realistas, emplea el símil de la derrota de Hernán Cortés frente a los guerreros aztecas:

Pocas horas después, García y La Torre se juntaron al pie de la montuosa cordillera, y entre las sombras de aquella otra Noche Triste para las huestes españolas, brillaron dos relámpagos siniestros en las pupilas de aquellos dos campeones, al tiempo que de sus nobles pechos, llenos de cólera y desesperación, brotaron a la par un suspiro profundo y un rugido incalificable<sup>39</sup>.

Al historiador no le es dado el lenguaje metafórico del novelista. El primero busca la palabra precisa, se ahorra los adjetivos, evita los vocablos que ofrecen varios significados y, en consecuencia, demasiadas interpretaciones. El novelista, así escriba una novela histórica, apela a todos los recursos retóricos que le permitan no solo narrar los hechos, sino plasmar en letras las emociones, pasiones y sentimientos. Ni el uno ni el otro escapan, sin embargo, al juicio de la crítica. El escritor Rufino Blanco Fombona fue un admirador del historiador Felipe Larrazábal. De hecho, prologó su obra *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador*. Sin embargo, le critica la seca descripción que hace de la Batalla de Carabobo.

Como Larrazábal no es militar, sus narraciones de batallas y campañas dejan tanto que desear que nos quedamos en ayunas, o poco menos, después de leer su obra, sobre lo que valiera Bolívar como estratega y como táctico<sup>40</sup>.

---

[39]\_ *Ibid.*, p. 277.

[40]\_ Rufino Blanco Fombona, «Prólogo y notas», en Felipe Larrazábal, *Simón Bolívar. Vida y escritos del Libertador*, tomo II, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, p. 262.

Lo que se le critica a Larrazábal por defecto, se le cuestiona a Eduardo Blanco por exceso. Siempre será así. Empero, en este ensayo nos acercamos a la Batalla de Carabobo desde la visión de los poetas y creadores. Estos tienen una forma personalísima de ver el paisaje histórico y social y, sobre todo, de plasmarlo y expresarlo. Esto es lo que hace con su pluma el autor de *Venezuela heroica*, al cerrar su obra con la Batalla de Carabobo. Leamos —y disfrutemos— algunos párrafos y frases sobre la gesta que selló nuestra independencia.

Entre tanto, la frente erguida, luminosa la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello del caballo, sigue Bolívar los movimientos de las tropas de Páez; y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportuno de mover contra él todo el ejército<sup>41</sup>. Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fue un deslumbramiento<sup>42</sup>.

Sobre la frente erguida del vencedor en «Las Queseras» brillaba un laurel más, y de alto precio<sup>43</sup>.

El Libertador desciende a la llanura en el momento que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido, el ejército patriota saluda entusiasmado a su inmortal caudillo<sup>44</sup>.

¡Destino, quién pudiera penetrar tus arcanos!<sup>45</sup>

---

[41]\_ *Ibid.*, p. 266.

[42]\_ *Ibid.*, p. 271.

[43]\_ *Idem.*

[44]\_ *Idem.*

[45]\_ *Ibid.*, p. 275.

La gloria atrae como el abismo, ambos tienen sus vértigos... el héroe se siente arrebatado y se deja arrastrar...<sup>46</sup>

¡Así tus hijos, patria mía, supieron batallar por conquistar su libertad e independencia! ¡Y así murieron los que plugo al destino arrebatarte en aquella jornada del definitivo vencimiento de tus seculares opresores! A ti, la herencia de sus glorias; al mundo, el noble ejemplo de aquellas sus virtudes, que supieron probar en el martirio y que no alcanza a mancillar el infecundo soplo, atizador constante de mezquinas pasiones<sup>47</sup>.

Así ve el novelista, en retrospectiva, alguno de los momentos fulgurantes de Carabobo. Viaja él mismo al pasado y acude al campo de batalla. Mira a los héroes de cerca, penetra en los sentimientos y emociones que los sacuden en esos momentos, y los describe. Se insufla de aquella épica y la narra a sus contemporáneos y a las generaciones futuras. Un buen novelista transmite a sus lectores las emociones de sus personajes. Lectores que, en un momento impreciso, se ven ellos mismos en la arena de combate. De allí que un lector de excepción y escritor excepcional, José Martí, diga de *Venezuela heroica*:

Cuando se deja este libro de la mano, parece que se ha ganado una batalla. Se está a lo menos dispuesto a ganarla —y a perdonar después a los vencidos—. Es patriótico, sin vulgaridad; grande, sin hinchazón; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en alto yunque, hecho a dioses. Sirve a los hombres quien así les habla. Séale loado<sup>48</sup>.

---

[46]\_ *Idem*.

[47]\_ *Ibid.*, p. 276.

[48]\_ José Martí, «Palabras de José Martí», en Eduardo Blanco, ob cit., p. 13.

## IV

### Carabobo en el teatro

*Esa espiga sembrada en Carabobo*

César Rengifo

La batalla que selló la independencia de Venezuela aquel 24 de junio de 1821 seguiría siendo, en el transcurrir de los días y las noches, campo vivo y abierto de las letras y las palabras. La canción popular, la copla, la poesía épica, la novela histórica, la cantata o el verso peregrino mantendrían el eco de sus gritos y sus vítores, sus cañones y sus ayes, sus órdenes y contraórdenes, sus soplidos y relinchos, en el recuerdo y la memoria, en el presente que se alimenta y aviva de su glorioso ayer. En esa llama perenne de la letra y el verbo no podía faltar el teatro, y este sube su telón bajo la dirección excepcional del dramaturgo, pintor y escenógrafo César Rengifo. Con motivo del sesquicentenario de la histórica batalla, en 1971 —parece que fue ayer— escribió la obra *Esa espiga sembrada en Carabobo*, un digno homenaje a los ciento cincuenta años del titánico combate.

Como bien se subraya en la presentación,

concebida no como drama sino [como] un retablo viviente, esta cantata teatral representa una cita eterna en la que convocan a través de todos los tiempos los luchadores y luchadoras anti-coloniales del gran continente colombiano, erigiéndose en un panteón o en una multitudinaria liturgia de los pueblos, en la

que resuenan, entre muchas, las vivas presencias de Guaicaipuro, Tiuna, Apacuana, Cuaricurión, Cuauhtémoc y Tupac Amaru, así como del Negro Miguel, José Leonardo Chirino, Pedro Camejo, junto a Gual, España y Miranda, aglutinada en torno a la espada de Bolívar, en una memoriosa vigilia perenne por el resguardo de la independencia futura<sup>49</sup>.

Las razones de Rengifo para convocar al Campo de Carabobo a todas estas voces y todos estos héroes, muchos de ellos plantados allí con sus ancestros antes de que Rodrigo de Triana empezara a gritar frente a Guanahaní, obedecen a su visión dialéctica de la historia: Carabobo no es un acontecimiento aislado, sino parte de un proceso que construyen aquellos pueblos originarios y aquellos hombres y mujeres que antecedieron a los libertadores. La otra razón es literaria: recurrir a esas voces permite al escritor darle a su obra y puesta en escena la dimensión épica que tuvo la batalla. Esas voces vienen de todos los tiempos y de todos los espíritus y de todos los reinos: el de esta tierra y el de los muertos, que acudieron al llamado de la historia. No es un recurso moroso, sino perfectamente válido y eficaz. Solo nombraré a dos autores que al mismo recurso apelaron en sus obras: Andrés Bello, en su «Alocución a la poesía», y José Joaquín Olmedo en su «Victoria de Junín, Canto a Bolívar».

Leamos a Bello:

De Manco Cápac gemirán los manes  
 (...)
   
 Diosa de la memoria, himno te pide  
 el imperio también de Moctezuma  
 (...)

---

[49]\_ César Rengifo, *Esa espiga sembrada en Carabobo*, Fondo Editorial Fundarte, Colección Biblioteca César Rengifo, N° 8, Caracas, 2012.

Caupolicán y Guaicaipuro altivo  
y España osado; con risueña frente  
Guatimozín te muestra el lecho ardiente.

Los caciques y guerreros de los pueblos ancestrales son convocados en la «Alocución a la poesía». El continente que se llamaría América es un *continuum* desde los tiempos precolombinos. Todas esas voces son también convocadas por José Joaquín Olmedo en su largo poema a las batallas de Junín y Ayacucho en la voz del primer inca, Manco Cápac. Asimismo, la Batalla de Carabobo es un largo camino y un duro proceso en el que, además de los pueblos ancestrales, participa el pueblo anónimo, el soldado olvidado, la mujer que combatió antes de que el ejército español fuera destrozado en el combate del 24 de junio de 1821.

La pieza de César Rengifo se abre con el sepelio de un soldado por parte de sus camaradas de armas:

Como todos  
andaba con Bolívar.  
Murió ayer en la batalla  
librada en aquel sitio que Carabobo llaman<sup>50</sup>.

Es el soldado anónimo. La historia oficial lo ignoró desde siempre. Rengifo lo reivindica, visibiliza y lo recuerda al lado de los nombres de los próceres. «(a)ndaba con Bolívar». Las voces hablan en octosílabos o alejandrinos. Estamos ante un gran poema de la *Venezuela heroica*, escrito con estructura teatral. El soldado que entierran lleva nombre de pueblo: «Pedro Juan se llamaba»<sup>51</sup>, musita la voz de un viejo. Imposible evitar la remembranza del capítulo VIII del *Canto general* de Pablo Neruda, titu-

---

[50]\_ *Ibid.*, p. 12.

[51]\_ *Ibid.*, p. 15.

lado «La tierra se llama Juan»<sup>52</sup>. Para Rengifo, también Carabobo se llama Juan. O Pedro. Oigamos las voces de sus personajes:

Viejo I:  
Pedro Juan se llamaba

Mujer II:  
Él nada poseía... solo sus manos limpias...

Oficial I:  
¡Y por su sueño supo morir cuando la muerte cruzó por el camino del sol que procuraba!

Ese sueño de Pedro Juan se llama Venezuela, se llama la patria. Un coro de voces de soldados y campesinos nombra todas las batallas libradas para llegar y alcanzar ese sueño:

¡Horcones! ¡Niquitao! ¡Araure! ¡La Victoria! ¡El Juncal!  
¡Vigirima! ¡San Félix! ¡San Mateo! ¡Urica! ¡Maturín!  
¡Boyacá! ¡Las Queseras!<sup>53</sup>

Carabobo es un camino que, para decirlo con el poeta Antonio Machado, solo «se hace al andar». Y ese andar obliga a superar sus estaciones, ya citadas por Andrés Bello en su «Alocución a la poesía» y recorridas por Eduardo Blanco en su *Venezuela heroica*. He aquí algunas de las batallas que allanan el camino a Carabobo en el poema de Bello:

Ni tú de Ribas callarás la fama  
a quien vio victorioso Niquitao,  
Horcones, Ocumare, Vigirima,  
y, dejando otros nombres que no menos,  
dignos de loa Venezuela estima,

[52]\_ Pablo Neruda, *Canto general*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976, p. 221.

[53]\_ César Rengifo, ob. cit., p. 16.

Urica, que ilustrarle pudo sola,  
 donde de heroica lanza atravesado  
 mordió la tierra el sanguinario Boves,  
 monstruo de atrocidad más que española<sup>54</sup>.

En el comentario que hace el apóstol José Martí de la obra de Eduardo Blanco, metaforiza las batallas que el autor narra para llegar a Carabobo, como lo citamos en páginas anteriores. Al recurrir a varios autores de distintas épocas, quienes coinciden en destacar las batallas que condujeron al campo de Carabobo, hacemos un esbozo de la historia del país desde diferentes géneros: novela, poesía y dramaturgia. No será la única coincidencia. La víspera de la batalla, el Libertador pasa revista a sus tropas y las arenga. Desde su teatro, así lo mira Rengifo, en la voz de uno de los oficiales que asiste al entierro del soldado muerto en combate:

Oficial I:  
 El veintitrés de junio desfilamos  
 en Taguanes, llanura ya gloriosa,  
 frente a Bolívar hecho estatua dura,  
 entre sables de azules resonancias,  
 y un mar hirviendo de encendidos pasos<sup>55</sup>.

El novelista Eduardo Blanco, con sus imágenes y resplandecientes figuras retóricas, narra así la misma escena:

Bolívar hizo pie en los «Taguanes» para escalar a «Carabobo»:  
 una victoria servía a la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desperzarse el león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuestos a acometer.

---

[54]\_ Andrés Bello, *Obra literaria*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 32.

[55]\_ César Rengifo, ob. cit., p. 18.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia, dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones, palabras conmovedoras, alusivas a sus heroicidades de otros días, a los sagrados deberes del presente<sup>56</sup>.

Pero para el dramaturgo, Bolívar no solo veía a sus generales, oficiales y soldados, sino también a otro ejército que se le apareció en Carabobo. Lo formaban todos los guerreros ancestrales que enfrentaron al conquistador, los esclavos encadenados traídos del África profunda, las mujeres y hombres de la Venezuela preterida y olvidada por la historia oficial. Todas y todos gritaron ¡presente!, frente al Libertador.

Oficial III:

Bolívar los miró desfilar, graves...

Entre un rumor de sangres y tormentos...

Y escuchó desgajar una tormenta

Y todos y todas se fueron presentando ante el Héroe:

José Gabriel Condorcanqui

Tupac Amaru me han llamado

me llaman

me llamarán mañana<sup>57</sup>

(...)

¡Caupolicán he sido, soy seguiré siendo!

¡Llego del sur de Chile del Arauco!<sup>58</sup>

(...)

---

[56]\_ Eduardo Blanco, ob. cit., p. 262.

[57]\_ César Rengifo, ob. cit., p. 19.

[58]\_ *Ibid.*, p. 20.

¡También estoy aquí!  
 ¡Yo soy Cuauhtémoc  
 el de los pies quemados!  
 Vengo de Anáhuac en llama rebelado.  
 ¡Que no estaba en un lecho de rosas, dije un día!<sup>59</sup>  
 (...)

Voz (Guaicaipuro):  
 ¡Mírame bien Bolívar!  
 ¡Y mira junto a mí el batallón sonoro  
 de comandantes bravos que junto a tus guerreros  
 con bramidos terrestres, combatirán mañana!<sup>60</sup>

El legendario cacique nombra uno a uno a sus guerreros, los que junto a Bolívar «combatirán mañana»:

Voz (Guaicaipuro):  
 ¡Urquía y Apacuana! ¡Chicuramay! ¡Baruta! ¡Curicurián! ¡Yoraco!  
 ¡Tiuna! ¡Sorocaima! ¡Tapiaracai, ardiente! ¡Yaracuy, el osado!

¡Tras ellos van sus huestes que convocan ahora  
 sus dolores, sus huesos, para decirte hermano!

Y también se van presentando los esclavos y los cimarrones, traídos del África en cadenas: Miguel, Juan Francisco de León, José Leonardo Chirino.

Y los comuneros: Manuela Beltrán, Salvadora Chacón, Francisco Barbeo, Bernardina Alarcón. Y desfilan con ellos, Joaquina Sánchez, Manuel Gual, José María España. Todo ese ejército, comandado por el Libertador, alcanzó la victoria en el campo de Carabobo. Los realistas nunca supieron

---

[59]\_ *Ibid.*, p. 23.

[60]\_ *Idem.*

contra cuántos ejércitos combatían. Caían los heroicos patriotas, Cedeño, Plaza, Pedro Camejo, y aquel ejército parecía multiplicarse y proseguir su lucha. Todos esos ejércitos de tiempos ancestrales que rememora César Rengifo, los cantó el insigne poeta chileno Vicente Huidobro:

Y detrás millones de jinetes como olas efervescentes.

Pronto nuestras montañas saludarán al alba que se acerca con un rumor de pasos milenarios que vienen desde el fondo de la historia en una interminable procesión de esqueletos heroicos<sup>61</sup>.

Es la Batalla de Carabobo, desde la sensibilidad y conciencia de un dramaturgo. Pero para César Rengifo, el épico combate lo comenzaron los pueblos originarios y los hombres y mujeres traídos del África profunda. Y no concluyó con la espléndida victoria del 24 de junio de 1821. Carabobo, para Rengifo, se construye día a día:

Voz femenina:

¡Dime tú, capitán, que al sur llevas el alba!  
 ¡Brigadier de las rosas! ¡Guardián de sementeras!  
 ¡Comandante del fuego! ¡De la chispa!  
 ¡Del trueno!  
 ¡Segador de las sombras! ¡Padre de las auroras!  
 ¡Dime tú, conductor de sueños y de soles!  
 ¡Si está viva, si brilla, si canta hacia la vida  
 la espiga que tu pueblo sembrara en Carabobo!

Voz:

¡Viva está para siempre!  
 ¡Para siempre está viva!  
 ¡Y con ella en los puños debemos avanzar  
 sembrando sus semillas!

---

[61]\_ Vicente Huidobro, «Alegoría a Bolívar», en *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012, p. 79.

## V

### Carabobo en la poesía

«Después de Carabobo»

Fernando Paz Castillo

---

Alguna tarde cayó en mis manos una revista literaria y allí leí el poema «Hay luces entre los árboles», de Fernando Paz Castillo. Desde entonces busqué sus libros y creció una admiración que nació desde aquella lectura fortuita. Comparto los conceptos que sobre su obra expresa el también poeta Eugenio Montejo, en la antología con que Monte Ávila celebró los ochenta y seis años de una de las voces mayores de la literatura venezolana<sup>62</sup>.

Vuelvo a encontrarme con el poeta cuando hurgo, entre los escritores venezolanos, aquellos que dirigieron su mirada y sus letras hacia la batalla que selló nuestra independencia. Qué grata sorpresa encontrar el poema «Después de Carabobo», del insigne maestro<sup>63</sup>. Otra vez visitamos al poeta de la transparencia, del adjetivo justo, de la imagen precisa, del lenguaje donde cada palabra parece colocada por oído, como lo hacen los músicos.

---

[62]\_ Eugenio Montejo, «En torno a la obra poética de Fernando Paz Castillo», en Fernando Paz Castillo, *Antología poética*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1979, p. 185.

[63]\_ Fernando Paz Castillo, «Después de Carabobo», en *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012, pp. 195

Carabobo no es solo el combate que se libra el 24 de junio de 1821. Tiene una dilatada víspera —«¿Trescientos años de esclavitud no bastan?!», exclamaría el joven Simón Bolívar—, un largo antes y un prolongado después. Ya lo detalla Eduardo Blanco en su *Venezuela heroica*, cuando recorre las batallas que, como arduas estaciones de un camino, conducen al campo donde se alcanzó la emancipación del Imperio español.

Esas batallas, esas muertes, esos sacrificios, son el antes de Carabobo. Fernando Paz Castillo cantará el después. También lo harán otros poetas y copleros, y cada cual lo verá a través de los héroes y mártires que aquel día forjaron la victoria. Unos ven lo que siguió desde la figura de Páez y tantos otros. La canción popular exalta el heroísmo desde la postrera despedida de Pedro Camejo al general Páez. Paz Castillo mira desde el drama personal, en lo sucesivo, del Libertador Simón Bolívar:

Carabobo  
 hoy decimos  
 y el alma se confunde  
 entre sueños de gloria  
 y melancolía<sup>64</sup>.

La melancolía recorrerá todo el poema, porque la gloria ya no es un sueño. Demasiadas cosas quedan atrás, desde el juramento del Monte Sacro hasta su cabal cumplimiento en las llanuras de Carabobo. El héroe sabe que entra en otra dimensión, aun cuando está plenamente consciente de su condición humana.

Porque el Héroe  
 es también mortal  
 en su grandeza,  
 y el dolor,

---

[64]\_ *Ibid.*, p. 69.

que de él nace,  
 lo ata a la tierra:  
 semilla oscura que alimenta  
 su más fúlgida espiga de futuro<sup>65</sup>.

Son las tempestades que sacuden el alma del prócer. Se sabe grande pero se sabe mortal. No es un semidiós como el Aquiles homérico. Está atado a la tierra por lo que le piden sus pueblos, las naciones liberadas por su espada. Aquí la imagen de la «fúlgida espiga de futuro» recuerda la «espiga sembrada en Carabobo» de César Rengifo, coincidencia creadora del poeta y el dramaturgo. Esa espiga, lo sabe el héroe, una vez ganada la batalla, requiere atención, cuidado y riego. Quizás mayores sacrificios. La victoria exalta al héroe, su administración compromete al líder, al hombre, al conductor de pueblos. Carabobo debe construirse día a día. No solo eso. Las victorias desatan las pasiones y, no pocas veces, ofuscan las razones. Para encauzarlas, está el líder.

Tal vez por ello surge  
 Bolívar  
 sobre el monte  
 —cumbre espiritual—,  
 que domina su existencia,  
 y entre hombres,  
 que con él triunfaron,  
 o a su lado cayeron,  
 más solo que nunca,  
 y como hundida la mirada  
 que supo ver la vida rumorosa  
 y la hora taciturna  
 en el hondo infinito de sí mismo.

---

[65]\_ *Idem.*

¿De qué monte habla el poeta? Los dioses no sueñan ni los envuelve el delirio. Bolívar no es un dios. Es un mortal. Es el soñador del Monte Sacro y el escritor al que las musas elevan y encantan en «Mi delirio sobre el Chimborazo». El intrépido humano que confronta al Dios Tiempo y al que este regresa a su humana condición. Es, también, antes y después de Carabobo, el hombre de las dificultades, colocado frente a un acertijo de caminos ciertos e inciertos. Desde las ciencias sociales lo analizó el humanista Miguel Acosta Saignes<sup>66</sup>. Desde la ficción literaria lo narró el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez<sup>67</sup>. Desde ambas disciplinas destellan tres palabras: acción, utopía, laberinto. Es el ser humano que conoció la alegría y la angustia al mismo tiempo. El poeta lo percibe.

Hay alegría,  
noble alegría de vencer la muerte,  
junto a él.  
Pero en su rostro hay también tristeza.  
¿Angustia acaso de comenzar a ser  
distinto a los otros?  
En un presente prolongado,  
sin ayer ni futuro,  
porque ya todo es uno;  
verdad imperecedera  
que ha de crecer con su verbo  
y con su anhelo,  
claro camino de los otros hombres.

---

[66]\_ Miguel Acosta Saignes, *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades*, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, Caracas, 2011, p. 555.

[67]\_ Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Editorial Oveja Negra, Bogotá, Colombia, 1989, p. 284.

Ya Bolívar no es guía, sino camino. ¿Es distinto a los otros? Definitivamente. Esa es su grandeza y su angustia. Ha de vivir con esa «carga», con esa realidad, el resto de sus días. En el alma del Libertador, en su psique, han intentado penetrar y diagnosticarla historiadores y psiquiatras, con mayor o menor fortuna. El poeta, filósofo y ensayista Ludovico Silva escribió un airado artículo titulado «Bolívar despedazado». Allí advierte:

Francisco Herrera Luque, psiquiatra e historiador, nos entrega en un pequeño ensayo a un Bolívar de carne y hueso que más bien parece compuesto de carne corrupta y huesos paleolíticos. El psiquiatra, empeñado en meterle a la fuerza a Bolívar sus categorías psicoanalíticas, traiciona casi por completo al historiador, y lo hace incurrir en una serie sistemática de contradicciones que terminan por presentarnos a un Bolívar despedazado, alienado dentro de sí mismo y, en suma, un loco de manicomio. En su empeño psiquiátrico el autor habla, por ejemplo, «de esa fijación incestuosa hacia el terruño» —puro freudismo trasnochado— que paradójicamente hace que Bolívar huya de Caracas y fije la capital en Bogotá<sup>68</sup>.

No nos estamos desviando del tema de este ensayo, pero es imposible hablar de Carabobo sin hacerlo de Bolívar. O de Páez. O de Cedeño. O de Plaza. O de Farriar. O de Pedro Camejo, en fin. El poeta Fernando Paz Castillo nos muestra Carabobo, después de la batalla, desde la perspectiva existencial del Libertador. Es un punto de mira distinto al del historiador o el del biógrafo. El poeta no intenta psicoanalizar al héroe. Lo ve y lo canta en un poema cuando ya se ha disipado la pólvora de Carabobo, pero no el impacto de la victoria y los efectos del logro de la independencia, tanto en Bolívar como en los pueblos liberados por su espada, así como en los hombres que con él lucharon. La gloria que al-

---

[68]\_ Ludovico Silva, *Letra y pólvora*, Alcaldía del Distrito Metropolitano de Caracas, Fundación Ludovico Silva, Caracas, 2007, p. 307.

canza el héroe en el campo de batalla lo distancia de su obra y, al mismo tiempo, lo confronta con esta:

Y lo que amó  
 con pasión  
 de sí mismo  
 y su existencia  
 comienza a ser distante  
 y todo le pertenece y nada tiene.

El poeta pone su mira y su lira en un proceso de renunciación del Libertador. Después de Carabobo pudo quedarse en el poder, pero renuncia al mando y emprende su campaña del sur. De no hacerlo, peligraría la victoria.

«La Historia no dirá nada  
 tan grande  
 —confía Bolívar a Gual,  
 después de Carabobo—  
 como mi desprendimiento del mando  
 y mi consagración absoluta  
 a las armas  
 para salvar al gobierno  
 y a la Patria».

No será solo la renuncia al mando, ni su único desprendimiento. A esta altura del poema viene a la memoria otro poeta, Andrés Eloy Blanco, quien en celebrados versos confiesa: «cuando renuncie a todo, seré mi propio dueño». Paz Castillo evoca su última proclama —«si mi muerte contribuye...»— como su último desprendimiento por la unión, por la unidad, por su sueño grancolombiano. Es el abono con su propia vida, con su propio cuerpo, con su propia muerte creadora y fertilizadora «a la fúlgida espiga de futuro», o como cantaría César Rengifo, a la «espiga sembrada en Carabobo».

## VI

### Carabobo, las metáforas

«Rememorando la Batalla de Carabobo»

Vicente Gerbasi

---

Para el poeta y ensayista Ludovico Silva, desde su perspectiva crítica y sensibilidad lectora, Vicente Gerbasi «es el mejor poeta que ha tenido Venezuela en toda su historia (...), autor del más bello y denso poema de nuestra literatura: “Mi padre, el inmigrante”»<sup>69</sup>. Sirva esta categórica afirmación —o admiración—, compártase o no, para abriarnos las puertas a la alta poesía de Gerbasi y hacer un viaje en la memoria al campo de Carabobo aquel 24 de junio de 1821. Creador de bellas imágenes y sorprendentes metáforas, el título de su poema no es precisamente muy lírico que se diga: «Rememorando la Batalla de Carabobo». Pero no nos dejemos engañar con el pórtico. El poeta no deja mal a su colega de letras, Ludovico Silva.

Antes, porque el dato es importante, destaquemos que Gerbasi nació en el estado Carabobo, en un pueblito llamado Canoabo. Su poema se construye desde la voz y visión de los campesinos de su tierra y de su patria. Legiones de hombres y mujeres que van dejando el arado para seguir al Libertador Simón Bolívar.

---

[69]\_ Ludovico Silva, *Letra y pólvora*, Alcaldía del Distrito Metropolitano de Caracas, Fundación Ludovico Silva, Caracas, 2007, p. 191.

Los campesinos veíamos a Bolívar  
 entre árboles de ornamento puro  
 que brillan en el sudor del trópico,  
 o pasar a caballo bajo arcoíris de los llanos<sup>70</sup>.

Ya empieza, desde la primera estrofa, la fiesta del lenguaje. Los árboles son de «ornamento puro» y brillan en «el sudor del trópico». El poeta rememora un hecho histórico, pero hace poesía, no historia. Su lenguaje es poético. Vamos a acudir a la Batalla de Carabobo desde un juego de metáforas y otras figuras literarias. Esto nos dará una visión diferente y nuevas lecturas del acontecimiento. Gerbasi recurre a la voz de los campesinos, es decir, del pueblo. Es el Juan de Pablo Neruda en su extraordinario *Canto general*, cuyo capítulo VIII se titula «La tierra se llama Juan»<sup>71</sup>. Es, también, el Pedro Juan de César Rengifo en su citada obra teatral *Esa espiga sembrada en Carabobo*. Es el pueblo en batalla, como lo estuvo a lo largo de toda la guerra de independencia.

Así como el gran pintor Martín Tovar y Tovar plasmó magistralmente la batalla en la obra que cubre la cúpula del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo de Venezuela, Gerbasi lo hace con palabras e imágenes, vale decir, con poesía: he allí el escenario, el lugar de los acontecimientos, con el país de fondo:

Venezuela iba por sus lentos ríos  
 de playas soñolientas de tortugas,  
 asomaba pumas entre grandes hojas de alucinaciones,  
 levantaba llamaradas de pájaros<sup>72</sup>.

---

[70]\_ Vicente Gerbasi, en *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012, p. 123.

[71]\_ Pablo Neruda, *Canto general*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976, p. 221.

[72]\_ Vicente Gerbasi, ob. cit., p. 123.

A Vicente Gerbasi lo han definido como el poeta del trópico, sin pretensión de encasillamiento estético. Pero, sin duda, lo real maravilloso americano de lo que nos hablara Alejo Carpentier es una constante en su obra. El poeta oyó el llamado de Andrés Bello en su «Alocución a la poesía»; es, sin provincianismo ni ruralismo, la zona tórrida en toda su majestuosidad. También en su poesía hay reminiscencias de Neruda. Leamos al respecto a Francisco Pérez Perdomo:

Como los poetas de mayor jerarquía del grupo Viernes, del cual formó parte muy activa, Vicente Gerbasi recibe también, en la primera y última instancia de su obra inicial, *Vigilia del naufragio* (1937), el avasallante impacto del gran Neruda de *Residencia en la tierra*. Pero ese impacto no violenta y enloquece sus formas expresivas<sup>73</sup>.

En verdad, la huella de Neruda la vamos a percibir más allá de la obra inicial de Gerbasi, y eso no es malo ni es pecado. Empero, no es Carabobo, en este momento y este espacio, campo para el debate literario. En una sucesión de imágenes magistralmente logradas, Gerbasi nos pinta el escenario, los estados de ánimo de las tropas y el desarrollo mismo de la batalla, la épica en su elevada dimensión:

Con brillo de sol sonaron los clarines  
 después de un silencio tenso  
 como el que anuncia cataclismos,  
 con brillo de sol sonaron los clarines  
 y sonaron truenos retumbantes  
 y llovió tierra y arena y piedra  
 y se levantó el humo de la pólvora  
 y rodaron solas ruedas de carretas  
 y se despedazaron cañones

---

[73]\_ Francisco Pérez Perdomo, «Una posición frente a la poesía de Vicente Gerbasi», en Vicente Gerbasi, *Antología poética*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1970, p. 353.

y bajaron los lanceros  
y las lanzas ensangrentaron la tierra  
en un vasto ámbito de relincho de caballos<sup>74</sup>

El poema se hace narración épica. La batalla ha estallado. Los campesinos rememoran los hechos y su vértigo. Ven a Bolívar observándolo todo sobre su caballo blanco. Así lo vieron también Eduardo Banco en *Venezuela heroica* y César Rengifo en su obra teatral. Del recuerdo de la batalla, los campesinos pasan al del Libertador que miró sus sembrados y los hizo ver a ellos Venezuela, la libertad, sus futuras ciudades, es decir, el presente y el porvenir. Ese Simón Bolívar sigue con ellos en su cotidianidad, siembra el campo, reúne a los pescadores y sus mujeres, lleva sus niños al colegio, comparte el café con los campesinos, los gana para su causa:

Sí, Bolívar seguía durante el día  
y durante años por los campos  
buscando más campesinos.  
Y Bolívar nos reunió a todos los venezolanos  
y con él fuimos al combate.

La metáfora aleja de la proclama, la consigna, el panfleto, e instala la poesía en el campo de batalla. Algunos ejemplos: «playas soñolientas de tortugas»; «llamaradas de pájaros»; «un deslumbramiento de palmeras»; «redes plateadas de sardinas»; «las arañas tejen astros»; «llanura de aurora anaranjada».

Carabobo no es solo un campo de batalla y dos ejércitos enfrentados. Son todos los campesinos durante años buscados por Bolívar, en sus sembradíos, por los campos, en sus casas; son todos los venezolanos que

---

[74]\_ Vicente Gerbasi, en *Un canto a Bolívar*, ob cit., p. 123.

con el Libertador fueron al combate. Es el pueblo en armas. Y todavía es mucho más: son los caballos —¿nobles brutos?— que con sus jinetes forman esos centauros que van a la guerra. Gerbasi los canta y los tributa:

Los campesinos veíamos a Bolívar  
(...)  
pasar a caballo bajo arcoíris de los llanos  
(...)  
y las lanzas ensangrentaron la tierra  
en un vasto ámbito de relinchos de caballos  
(...)  
tempestad de la pólvora, del grito, del relincho  
(...)  
que Bolívar el Libertador  
veía desde su caballo blanco en la colina  
Y fue entonces cuando en su caballo alazán  
llegó Negro Primero.  
(...)  
Cuando ya Páez preparaba en la serranía  
a sus jinetes llaneros  
(...)  
ambos, caballo y hombre,  
como una densa sombra  
en el humo agrio de la pólvora  
al pie de la Bandera de la Patria, le dijo a Páez  
«Mi General, vengo a decirle adiós  
porque me estoy muriendo»  
y el caballo alazán  
estuvo al lado del Negro Primero muerto  
hasta el final de la batalla.

Para el poeta, también el caballo es Carabobo. Lo es el caballo blanco desde cuya disciplinada quietud el Libertador observa y comanda a sus

oficiales y tropas en la batalla. Lo son los relinchos confundidos con los gritos y los ayes. Lo es el alazán de Negro Primero en vela hasta el final de la batalla ante el cuerpo de su jinete muerto. Lo son los centauros de los llanos con José Antonio Páez al frente. Lo son hombre y jinete en aquella «tempestad de la pólvora, del grito, del relincho».

Es la Batalla de Carabobo vista por del poeta del trópico, señor del color y la metáfora. La batalla contada por los campesinos de Canoabo y de Carabobo y de Venezuela desde la poesía de Vicente Gerbasi. Es un canto al «primer día de nuestra Libertad», verso con que el escritor cierra su poema. Es la independencia bajo palabra.

## VII

### Carabobo: laurel de letras

A doscientos años de la clarinada que inició la Batalla de Carabobo siguen sonando las dianas de letras de narradores y poetas, dramaturgos y juglares que cada día continúan cantando y contando la épica de la independencia patria. En este recorrido por la palabra nos asomamos a la narrativa esplendente de Eduardo Blanco, ocupamos primera fila en el teatro consecuente y militante de César Rengifo, y nos arropó la lírica de Fernando Paz Castillo y Vicente Gerbasi. Después fue la admiración y el silencio.

Pero las voces del tributo, como el rayo de Miguel Hernández, no cesan. Vienen de allende las fronteras o del corazón de la patria. Así celebramos los lectores el bicentenario de la Batalla de Carabobo. Así aplaudimos a nuestros creadores. Así honramos y colocamos un lauro de letras en la cabeza de cada uno de los héroes del histórico combate. Son poemas donde se canta a un prócer o a un soldado, pero donde siempre se nombra la batalla. Veamos este desfile de grandes figuras, admiradas frente al campo de Carabobo.

Hace su radiante presencia Rubén Darío, quien en su «Oda al Libertador Bolívar», tributa la batalla:

¡Honor al jefe probo  
 que hoy hace tributar digno homenaje  
 al que allá, en Carabobo  
 con sublime coraje  
 el yugo quebrantó del coloniaje!<sup>75</sup>.

Muchos siguen viendo a Rubén Darío como el poeta exquisito que se quedó en su torre de marfil cantándole a la tristeza de las princesas y al cuello del cisne que lo interrogaba. A conciencia o no, obvian al recio poeta que increpó al imperio en su «Carta a Roosevelt», el mismo que desde un inusual ejercicio de autocrítica lírica cuestiona una etapa de su creación poética en su magistral *Cantos de vida y esperanza*:

Yo soy aquel que ayer no más decía  
 el verso azul y la canción profana  
 en cuya noche un rruiseñor había  
 que era alondra de luz por la mañana  
 (...)  
 La torre de marfil tentó mi anhelo,  
 quise encerrarme dentro de mí mismo,  
 y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
 desde las sombras de mi propio abismo.

Este es, pues, el Darío, o el Rubén —cada crítico lo llama por su primer o segundo nombre, lejos de su nombre de pila—, que deja la torre de marfil para cantarle a América, a su historia y a sus próceres. Es el Rubén Darío que nombra a Carabobo, ya inmortal antes de ser inmortalizada por su verbo.

Desde Quisqueya, la hermana República Dominicana, atraviesa el Caribe la voz del poeta Juan de Jesús Reyes y, desde su «Canto a Bolí-

---

[75]\_ Rubén Darío, «Oda al Libertador Bolívar», en VV. AA., *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012, p. 30.

var», nos convoca al sueño de libertad al enlazar en su poesía el nombre de dos grandes batallas —Junín y Carabobo—, como quien viaja «a la cintura cósmica del sur», para decirlo con el también poeta Armando Tejada Gómez.

Campos de Carabobo y de Junín  
soñad, soñad con dianas de clarín  
al loco frenesí de la victoria;  
¡Oh, Nuevo Mundo, guarda bendiciones  
y el saludo filial de tus pendones  
para el más alto genio de la gloria!<sup>76</sup>

El gran poeta cumanes, Andrés Eloy Blanco, maestro de la métrica y la rima, se vino cabalgando en la soltura del verso libre en su poema «Danza del fuego»:

La batalla:  
En la sabana de Carabobo:  
de un lado, Valencey  
y Barbastro, La Torre  
y Tomás García;  
del otro lado, los ingleses  
de cabeza de sol y los Bravos de Apure,  
de lanza de sol

Y Bolívar, el Sol.  
Dos jinetes caen: Plaza y Cedeño;  
otro, Mellao; y otro,  
Negro Primero-bronze; negro él, negro el potro.

La danza de Valencey  
es la danza de la Muerte,

---

[76]\_ Juan de Jesús Reyes, «Canto a Bolívar», en *Un canto a Bolívar...*, ob cit., p. 50.

pero el Gran Armonioso  
 tiene en el oído la clave  
 y la voz de la batalla  
 le canta a él su canto de ave.  
 El Libertador  
 escucha y dirige; el compás  
 dice: ¡Adelante! en la boca  
 del hijo de Albión,  
 hasta que una bala le toca  
 y pierde el compás del corazón...  
 La sabana apenas se oye murmurar,  
 que si se oyera, oyéramos que diría:

—Hoy es la danza del fuego sobre la tierra  
 yerba mejor me crecerá este día  
 para que pasten los caballos de la Guerra...<sup>77</sup>

Todo el poema tiene un tono litúrgico, extraño en la obra de Andrés Eloy Blanco. «Danza del fuego» es el periplo de catorce años de guerra, con momentos cumbre como Boyacá, Carabobo, Pichincha... hasta los últimos días del héroe. Carabobo es la victoria y la gloria, pero también el martirio y la muerte de los héroes que acompañaron al Libertador: Plaza, Cedeño, Mellado, Negro Primero. De allí el tono litúrgico, lúgubre, de oración póstuma, roto por el grito del Héroe de héroes: «¡Adelante!». Así nos asoma a Carabobo Andrés Eloy Blanco, porque «la danza de Valencey es la danza de la Muerte». Valencey es el ejército español que, antes de ser despedazado por los patriotas, ejecuta su danza de la muerte. De allí el tono del poema, porque Carabobo también fue el dolor y el sacrificio heroico por la patria.

---

[77]\_ Andrés Eloy Blanco, «Danza del fuego», en *Un canto a Bolívar...*, ob. cit., p. 89.

Digamos, para los más jóvenes, que Andrés Eloy Blanco es considerado por la crítica como un poeta popular. De cierto, le cantó a nuestra geografía, a sus personajes típicos, a sus costumbres y tradiciones. Pronto sus corridos, décimas, coplas y palabreos andarían de boca en boca de su pueblo. Pero también su poesía le cantó a nuestra historia y a sus próceres. Por eso lo buscamos en Carabobo, donde su verbo atiza «la danza del fuego».

Desde Borinquén, la subyugada Puerto Rico por dos imperios que turnan su ignominia, la voz de la mujer llega en la poeta Julia de Burgos, para quien Bolívar vive, como vive su espada:

Cuatro estrellas que se encienden en estrellas libertarias  
ensartadas como perlas milenarias  
en tu América se ven.

Boyacá con Carabobo-Carabobo con Junín-  
y Junín con Ayacucho —resonancias de tu ser.  
(...)

Vive, América, Bolívar,  
y también vive tu espada  
mientras haya un solo esclavo que te ultraje  
o un tirano que pretenda profanar la libertad<sup>78</sup>.

Aquí las batallas que junto a Carabobo trajeron la libertad al continente, como en la *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, las batallas que en tierra venezolana condujeron a Carabobo y a la libertad de la patria natal de Bolívar: Venezuela. Al final, la poeta conjuga el verbo vivir en presente porque eso es Carabobo: presente vivo y palpitante. La espada del héroe vive y lo cantan los poetas, como César Rengifo en *Esa espiga sembrada en Carabobo* porque, mientras

---

[78]\_ Julia de Burgos, «A Simón Bolívar», en *Un canto a Bolívar...*, ob cit., p. 137.

haya esclavitud y explotación, «ha de seguir Bolívar tu espada sobre el fuego».

Asimismo, a riesgo de que se nos califique de panfletarios —lo asumimos a conciencia—, tal como la imagen de la espada del Libertador resalta esa coincidencia metafórica entre la poeta Julia de Burgos y el dramaturgo César Rengifo, también hace estallar en la página el grito que la América de hoy escucha por sus calles desde lo más hondo de su historia:

¡Alerta, alerta, alerta que camina  
la espada de Bolívar  
por América Latina!

Vuelve el llano en voz y letra de un señor de la copla y el corrido, Ernesto Luis Rodríguez. Pero esta vez la décima, tan cara a su poesía popular, no es la forma con que tributa la gran batalla. El poema tiene fecha: 1821-1971, quiere decir que lo escribió con motivo del sesquicentenario de Carabobo. Evocación y tono son patrióticos:

Aquí está Venezuela transparente  
ante el hecho glorioso.  
Sobre la sien ardida de relámpagos  
la luz de Carabobo  
le alumbró las pupilas  
y le talló de símbolos el rostro;  
en el pulso: Bolívar  
con su perfil de pueblo victorioso.

El poema se sigue desarrollando con su tono de himno y de proclama, como lo exigen (o lo acostumbra) las fechas patrias. El autor cierra con una especie de canto a la unión y a la unidad, después de tanta muerte:

Aquí está Venezuela  
capitana de amor, madre de todos.  
Aquí va caminando con el alba  
de aquel día luminoso.  
Ojalá que por ella nos unamos  
sin rencores ni odios.

Lo que el poeta pide, ciento cincuenta años después del 24 de junio de 1821, es lo mismo por lo que clamó el Libertador Simón Bolívar, desde su lecho de muerte, en su última proclama. La rogatoria sigue vigente en víspera del bicentenario de la batalla que nos abrió las puertas de la libertad. Carabobo continúa librándose por las calles de pueblos y ciudades.

«La tierra se llama Juan», escribió Pablo Neruda en su *Canto general*. Con el poeta chileno también se puede decir: ¡Carabobo se llama Juan!

Desde la narrativa, el teatro y la poesía; desde la fábula y la canción popular, hemos visto la misma batalla que nos describen los historiadores, pero desde diferentes ángulos y puntos de mira. Los creadores han convocado las voces ancestrales de los pueblos originarios, hasta las de los campesinos que hoy aran nuestra tierra. Carabobo es palabra que en Venezuela y para los venezolanos y venezolanas de ayer, hoy y mañana, denota y significa libertad, soberanía, patria. Es épica. Es drama. Es poesía. Canto y llanto. Independencia bajo palabra. Llama perenne que se aviva desde hace doscientos años. Verbo y letra. Letra y fuego vivo.

## Bibliografía

**ACOSTA SAIGNES, Miguel**, *Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades*, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, Caracas, 2011.

**BELLO, Andrés**, *Obra literaria*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979.

**BLANCO, Andrés Eloy**, «Danza del fuego». En: VV. AA., *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012.

**BLANCO, Eduardo**, *Venezuela heroica*, Fundación Tradiciones Caraqueñas, Ministerio del Poder Popular para Economía y Finanzas, Caracas, 2008.

**BLANCO FOMBONA, Rufino**, «Prólogo y notas». En: Felipe Larrazábal, *Simón Bolívar, vida y escritos del Libertador*, tomo II, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 2007.

**CARILLA, Emilio**, *Poesía de la Independencia*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979.

**GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel**, *El general en su laberinto*, Colombia, Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1989.

**HERNÁNDEZ-D'JESÚS, Enrique**, *Bolívar: Fábula de los fabuladores*, Consejo Nacional Electoral, Centro de Publicaciones del Instituto de Altos Estudios del Poder Electoral, Caracas, 2011.

**MACHADO, José E.**, *Centón lírico*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1976.

**MONTEJO, Eugenio**, «En torno a la obra poética de Fernando Paz Castillo». En: Fernando Paz Castillo, *Antología poética*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1979.

**NERUDA, Pablo**, *Canto general*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.

PAZ CASTILLO, Fernando, «Después de Carabobo». En: VV. AA., *Un canto a Bolívar (Antología poética)*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2012.

PÉREZ PERDOMO, Francisco, «Una posición frente a la poesía de Vicente Gerbasi». En: *Vicente Gerbasi, Antología poética*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1970.

RENGIFO, César, *Esa espiga sembrada en Carabobo*, Fondo Editorial Fundarte, Colección Biblioteca César Rengifo, N° 8, Caracas, 2012.

RUBÉN DARÍO, *Poesía*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985.

SILVA, Ludovico, *Letra y pólvora*, Alcaldía del Distrito Metropolitano de Caracas, Fundación Ludovico Silva, Caracas, 2007.



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**  
**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e Impresión**  
Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**  
978-980-7301-54-1

**Depósito Legal**  
DC2021000584

**Caracas, Venezuela, Mayo de 2021**

La presente edición de  
**CARABOBO BAJO PALABRA**  
fue impresa  
en los Talleres  
de la Fundación  
Imprenta de la Cultura  
durante el mes  
de mayo de 2021,  
año bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Carabobo bajo palabra** Bajo fuego se cruzaron los destinos de hombres y mujeres en aquel paraje donde, “con una espléndida victoria”, se confirmó “el nacimiento político de la República de Colombia”. Bajo palabra se fueron cruzando en el tiempo las voces de copleros y juglares, poetas y fabuladores, dramaturgos, cantores, documentalistas que han vuelto a Carabobo para nombrar la hazaña, la patria, la historia, a Bolívar y a su pueblo. Y en este libro, Earle Herrera cuenta y comenta lo que en ese viaje verbal ha nacido del ingenio de Andrés Eloy Blanco, Rubén Darío, José Martí, Vicente Gerbasi, Fernando Paz Castillo, Renny Ottolina, Alí Primera, César Rengifo, Pablo Neruda, Arturo Uslar Pietri, entre otros creadores.

Ese recorrido le permite afirmar al autor que “Carabobo es palabra que en Venezuela y para los venezolanos y venezolanas de ayer, hoy y mañana, denota y significa libertad, soberanía, patria. Es épica. Es drama. Es poesía. Canto y llanto. Independencia bajo palabra. Llama perenne que se aviva desde hace doscientos años. Verbo y letra. Letra y fuego vivo”.

## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

